

GFS-191-B

La canción del olvido
(mecanografiado)

LA CANCIÓN DEL OLVIDO

Guión de película, inspirado en la zarzuela
del mismo título, libro de Federico Romero
y Guillermo Fernández Shaw y música de Jo-
sé Serrano.

=====



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

-Un arpa inmensa, que ocupa toda la pantalla.

-El arpa se mueve y se va reduciendo, hasta que, en su tamaño corriente, cuelga del hombro de un pobre músico ambulante.

-Pero eh músico, feo y de descuidada barba, no hace el menor caso de su instrumento. Forma éste parte de una compacta muralla de gente, estacionada a lo largo de una amplia calle, en espera de "algo" que ha de pasar por la calzada.

Vuelve a verse, en primer término, el arpa (en su tamaño corriente). Tras ella se presenta un perrillo, que juega con otro de diferente aspecto, aparecido por delante del instrumento. Esdecir: que los dos perrillos juegan entre sí, teniendo a modo de verja, entre ambos, las cuerdas del arpa. Uno de ellos da con su pata en una cuerda; el otro le contesta...Suenan las cuerdas del arpa, y entonces el músico se vuelve rápido, asusta a uno de los perros que huye y da un puntapié al otro, que también escapa, quejándose.

-Hay un movimiento de curiosidad en la muchedumbre; y el músico, poniéndose de puntillas, vuelve a mirar al centro de la calle. Entonces, el perrillo agredido se acerca cauteloso a los pies del hombre vagabundo, levanta su patita y deja su asunto,- o su venganza,- liquidado.

-Cuando el músico, con su pie mojado, se da cuenta de la fechoría, ya corre lejos el vengativo "chueho".

~~Junto~~ - Junto al músico hay un matrimonio inglés; el clásico matrimonio turista inglés, con su característico atuendo puesto en circulación (sobre todo en él) en los años en que se desenvuelve la acción de esta película. Y a un lado y otro del músico y de la pareja británica, una porción de tipos,- burgueses y populares,- del vecindario de Roma.

- "¿Estar esperando algo?", pregunta la inglesa al "arpista".

- "Va a pasar Su Santidad Pío Nono", contesta el músico.

- "¡Oh! ¡Ser very interesante!", comenta el caballero inglés, sacando de un bolsillo un cuaderno de papel y apuntando con un lápiz en sus hojas.

- "El Santo Padre viene desde el Palacio del Quirinal, que está por allí, (y el músico señala con la mano hacia la izquierda), hacia la Basílica del

Vaticano, que está por allá...(y señala hacia la derecha).

-Los ingleses, como unos autómatas, miran hacia cada lado, siguiendo la mano del músico.

■ -Esta, (la mano), se ha quedado de repente parada, con la palma extendida ante los turistas, en ademán de esperar una recompensa.

-Los ingleses se miran asombrados; contemplan la cara imperturbable del pícaro y, al fin, exclaman al mismo tiempo: -"¡All right!", y le entregan en efecto, unas cuantas monedas.

-El inglés pregunta en seguida: -"¿Usted ser...?" A lo que contesta el músico con gran solemnidad: -"Toribio Clarineti, el primer serenatero de Roma! Por un paolo canto Bellini, Donizzetti, Tosti..."

-Pero un nuevo movimiento en las filas de gente atrae la atención hacia la calle. Todo el mundo mira hacia la izquierda. Por ese lado aparece, en la calzada, tras la muralla humana, un Caballerizo Pontificio. Luego, un coche, - un landeau cerrado, - tras de cuyas vidrieras se adivinan el sombrero y las vestiduras blancas del Santo Padre, que va dando la bendición al pueblo.

-La gente acoge el paso de Su Santidad agitando en el aire las mujeres sus pañuelos y los hombres sus gorras y sombreros. Algunas mujeres se arrodillan. Y de las gargantas sale un grito unánime: -"¡Viva Pío Nono!"

-El inglés, durante el paso del Sumo Pontífice, ha vuelto a sacar su cuaderno de notas; pero, al hacerlo, se le cae al suelo un billete de diez escudos con las armas pontificias.

-Toribio lo ve y, rápidamente, recoge el billete del suelo y se lo guarda; pero, acometido por el remordimiento, lo vuelve con mucho cuidado al bolsillo exterior de la chaqueta del caballero. Y, satisfecho de su acción, une su grito al de la muchedumbre: -"¡Viva Pío Nono!"

-Mientras tanto, en su cuaderno, ha escrito el inglés: "21 November 1847.
by the
Roma. S.S. Pius IX. A walk ~~the~~ street."

-Toribio, entre la gente que ha deshecho las filas, pulula por las calles de Roma. Se detiene ante la puerta de un Palacio. Habla con el portero...

-El portero ~~le~~ le dice: -"Esta noche hay fiesta en el Palacio Pontificio; se celebra la creación de la Consulta del Estado. ¡Gran acierto del Papa! Ya

has visto cómo le aplauden..."

- "¿Y crees tú que lo celebrarán con músicas?", inquiriere Toribio.

- "Tú procura lucirte por si acaso." Gran saludo ceremonioso del pícaro, que se va con su arpa hacia las riberas del Tíber.

- La fachada de otro Palacio Romano. A continuación de ella, oculto por antigua tapia, un jardín cuyas frondas se asoman por encima de aquella.

- Interior del gran portal del Palacio. Invitados que entran, habiendo dejado sus coches en la calle.

- El interior de un lujoso comedor, de estilo Renacimiento. Nobles aristócratas, sentados a la mesa, servidos por criados de calzón corto, a cuyo frente figura un viejo Mayordomo con patillas.

- "No se dirá,- dice un anciano señor,- vestido con el uniforme de Guardia Noble de Su Santidad,- que los marqueses Ponfili no saben hacerse dignos de sus ilustres antepasados?"

- "¡Oh! No vale la pena, Príncipe.... Sois para nosotros el representante de nuestro amado Pontífice. Os debemos a vos y a vuestra hija nuestras más finas atenciones". Esto lo ha dicho, visiblemente satisfecha, la marquesa Ponfili; y, al terminar, indica con un gesto autoritario, a su marido, colocado enfrente, que debe hablar.

- El marqués, torpe de expresión, obedece: - "¡Eso es! La marquesa, mi amada esposa, lo ha dicho. Pío IX, nuestro amadísimo Padre, va sorteando todas las dificultades que encuentra en su camino. La creación de la Consulta ha quitado al pueblo todo motivo de queja, y nos obliga a nosotros a los más inocentes regocijos en su honor"...

- "¡Ya está bien Orlando!", - corta la marquesa. - "Dirá la encantadora Rosina que la tenemos olvidada."

- Rosina es una bella Princesita de veinte años, que se halla sentada a la derecha del marqués. - "Yo,- responde,- sólo digo que los marqueses Ponfili acogedores y suntuosos, están tirando la casa por la ventana."

- En efecto, los criados, al retirar los platos de los invitados, se acercan ostentosamente a los ventanales y arrojan por ellos las magníficas piezas de la vajilla valiosísima ^{en} que sirven la comida.

- Uno de los platos, limpio, es sostenido, en primer término, por la cuidada mano de Rosina. - "¿Son de oro?"

- "¡De oro!", - afirma, orgullosa, la marquesa. - "Con las armas familiares grabadas.

- La mano de Rosina da la vuelta al plato y en el reverso de éste puede verse el escudo nobiliario, en el que figura, en cuartel bien visible, un cazador alanceando un cerdo.

- ~~www~~ "Esto que ven ustedes, - completa el anciano Príncipe que habló al principio, señalando a los criados, - es repetir la hazafia del famoso banquero Chigi con León X"...

- "¡No vale la pena!", dice otra vez la marquesa afectando no darle importancia. Y en seguida vuelve a hacer señas para que hable a su marido.... mientras que los criados siguen tirando platos y fuentes por los ventanales.

- Habla de nuevo el marqués: - "León X se lo merecía todo. Y no menos este bendito Pío IX, representado aquí por el insigne Príncipe Ferrata (saludo del Príncipe) y por su deliciosa hija Rosina (inclinación de Rosina). Para nosotros ¿qué puede significar la pérdida de ~~www~~ vajilla de oro, (asentimiento de la marquesa) por muy maravillosa que sea, y por muchos enternecedores recuerdos de familia que contenga? (Rosina vuelve a mirar al cerdo). ¿qué puede importarnos pieza más o menos, si por cada plato que perdemos, ganan nuestras almas un humilde merecimiento para la vida eterna? (Interroga con la mirada a su mujer, que aprueba la perorata) Vayan en buen hora estas despreciables piezas de valor a la corriente del río y a las profundidades del mar; allí serán constante testimonio de la efímera virtud de las cosas terrenas y de nuestro desprecio por las menudencias del mundo".

- Durante todo el discurso del marqués, se ha ido viendo, - al propio tiempo que diferentes aspectos del "orador" y de su asombrado auditorio, - una sucesión de momentos, que reproducen: unos platos por el aire, volando desde los ventanales del Palacio al río Tíber; dos o tres barquitas en este río, con criados provistos de redes, que van recogiendo los ~~pattewww~~ platos que caen; otra red grande, que se ve tendida de orilla a orilla, para "pescar" los platos que se van al fondo; y, en la orilla próxima al Palacio, los platos que va apilando el propio Mayordomo viejo de patillas que se ha visto en el comedor al principio del banquete.

- "¡Cuánta generosidad y cuánto desprendimiento!, comenta en el comedor la Princesa Rosina.

Han comenzado a oírse los sonidos del arpa de Toribio, que se dispone, en la calle, a entonar su serenata.

- "¡Ay!", - dice la marquesa. - "Me molestan los músicos callejeros. ¡Mariano! Dale usted un óbolo espléndido... y que se retire el vagabundo". El criado a quien la Marquesa se ha dirigido se inclina respetuoso y sale.

- El criado, ya en la calle, se dirige al sitio endonde Toribio se prepara para cantar. Le indica por señas que se marche. El músico le respnde, por señas también, que no quiere, y entonces el criado le propina un soberano puntapie. El pobre Toribio se va corriendo.

- El criado vuelve a la casa. Pero, antes de entrar, reflexiona: - "Obolo yo no sé si habrá sido; ¡pero lo que es espléndido! /... ¡Por Baco que no se quejará!"

- "¡Por Baco que sí! ¡Por Baco que no!!... Estas voces suenan ahora en un confuso ambiente, que poco a poco se va aclarando. Las pronuncian gentes de mala catadura, congregadas en una taberna, que están jugando a los naipes y bebiendo. Entre ellos, bebe alegremente Toribio Clarineti.

- "¡Buenos "papettos" has ganado ayer, bergante!", le dice un viejo.

- "¡Tus amigos los nobles, bien que te pagan!", agrega un mozo, mientras que Toribio, sin darse cuenta, se rasca en una nalga.

- "¡Tus protectores los patricios, bien que te quieren!", añade un tercer borrachín.

- "¡Bebamos a la salud de Clarineti, el trasteverino más bribón de todos los bribones del Trastevere!" A lo que Toribio, alzando su copa, responde cínico: - "¡Ah! Pues por mí... ¡bebamos!"

- Beben todos. El viejo sigue hablando: - "¡Ya verás lo que hacemos de tus nobles!"... El mozo interrumpe: - "No habléis ahora de eso." Y todos a una exclaman: - "¡Música! ¡Música!"

- "¿Queréis música?", pregunta, rápido, Toribio, asiendo la ocasión por los babellos. - "Yo os cantaré toda la música que queráis... pero no me obliguéis a pagar ni un ~~www~~ centésimo".

- "¡Música! ¡Música!", insiste, vacilante, el mozo.

- "Os cantaré... "La canción del olvido"...

- "¡No! ¡Esp, no! ¡No se canta otra cosa!", exclaman a un tiempo varios de los reunidos.

- "No se oye otra cosa porque es... la Marinela. ¡Vosotros sabéis lo que es la Marinela? La Marinela representa la aspiración de todo el que sufre, de todo el que aguarda, de todo el que desea, de todo el que ama! Por eso es tan bonita la Marinela.

- Varias voces distintas contestan a Toribio: - ¡Yo sufro! ¡Yo deseo! ¡Yo amo!"

- Mientras tanto, Toribio ha cogido de un rincón su arpa y ha tocado los primeros ~~versos~~ acordes de la canción, que todos comienzan a cantar:

"Marinela, Marinela,
con su dulce cantinela
se consuela
de un olvido maldecido.
¡Mari, Marinela!"

- A partir de este instante, va pasando la canción de unos labios a otros. La canta Toribio en la taberna; un cochero en el Corso; la Princesa Rosina en la ventana de su Palacio, ante la cual hay un árbol de hoja no perenne... La canta la florista, que ofrece sus crisantemos a los elegantes que, a pie, en carretela o a caballo, lucen sus "toilettes" por los paseos del Monte Pincio; el dependiente de una pastelería que lleva sobre su cabeza una bandeja llena de bollos; la cocinera de una casa particular, ante su fogón y, por último, otra vez Rosina, en su ventana, regando unos tiestos.

- Suenan unos aplausos. Son de los trasterverinos de la taberna. Toribio ~~sube~~ saluda, ufano, entre las risotadas de sus amigos..

- Rosina sigue regando los tiestos de su ajimez. Una voz interior la llama: - "¡Rosina!"

- Vuélvese la Princesa hacia el interior de la habitación, - un lindo gabinete, - y allí se encuentra su anciano padre el Príncipe Ferrata, dispuesto para salir a la calle.

- "Voy al Quirinal, hija. Los que por obligación, por devoción y por cariño nos debemos al Santo Padre, hemos de asistirle constantemente."

- "Vendrás temprano?"

- "Muy pronto." Ya va a salir el Príncipe de la habitación, cuando se vuel-

ve y, con rostro cariñoso que quiere simular disgusto, agrega: -"¡Ah! Se me olvidaba: estoy muy enfadado contigo. La otra noche, en la comida de los Ponfili, estuviste muy huraña con el condesito Tomaseti".

- "Es un tonto, padre."

- "Bien. Pero hoy me dice la buena de Casilda que has rechazado las flores que te envió el teniente Oliveto".

- "Es otro bobo, padre. Y la vieja Casilda chochea. Quiere verme casada... ¡y yo he nacido para soltera!"

- "Piensa, hija mía, que ha caído mucha nieve sobre mi cabeza, que son muchos los años que he visto cambiar las hojas de esos árboles... que te quedarás pronto muy sola..."

- "¿Quieres entristecerme, padre?... Anda; vé al Quirinal... y pide por que Dios me ilumine a nuestro amado Rey y Pontífice." El Príncipe se va. Al salir por la puerta del gabinetito, donde se ha producido el anterior diálogo, se cruza con Casilda, la vieja ama de llaves. Casilda deja pasar a su señor y le interroga discretamente con la mirada. El Príncipe, con la mirada también, le contesta como diciéndole: -NO HE PODIDO CONSEGUIR GRAN COSA. ¡PACIENCIA!

- Casilda entra en el gabinetito y Rosina se arroja en sus brazos, riendo. Luego, vuelve a asomarse a la ventana y a regar sus tiestos. Casilda, en el gabinete, piensa en voz alta: -"Pues señor: esta niña aspira al heredero de un Trono". Y, sonriendo pícarosamente, añade para sí: -"Se lo escribiremos a Fernando o a Carlos Alberto".

- La ventana de Rosina, desde fuera. La Princesa, con su traje de invierno, riega las macetas. Delante, el árbol desnudo de ramas...

- Sucesivos momentos, que indiquen el paso del tiempo: el árbol nevado; el árbol, que empieza a echar la hoja nueva; el árbol frondoso; luego, marchito otra vez y, de nuevo, desnudo de hoja. Complemento de este rápido proceso de la vida del árbol, en un año, puede ser el diferente vestido de Rosina, en su ventana, regando. El rostro de ella también cambia; es cada vez más preocupado y triste.

- Al llegar nuevamente el árbol al otoño, se levanta de pronto fuerte viento, que azota las ramas del desvalido tronco. Las puertas de la ventana se cierran de pronto con estrépito y los vidrios se rompen.

-El viento es huracán: todo lo arrasa. Cabecea, dramático, el árbol que conocemos; y se debaten, ~~en~~ en angustioso trance, otros árboles, y otros más... ¡Todos los árboles de Roma!

-Sobre la ciudad se cierne una nube de polvo, ~~en~~ arrastrada por el viento, entre la cual se adivinan unas caras que gritan, unos mosquetones que apuntan, unos papeles que vuelan...

-Como fondo de lo anterior, rumor sordo de tormenta, calmares lejanos de voces humanas, rugido profundo de mar.

-Poco a poco todo se va aquietando. Se ven otros árboles en otoño, cuyas copas se mueven, acariciadas suavemente por las brisas. Los árboles pertenecen a una amplia calle recta, con edificios de dos pisos a uno y otro lado.

-Al comienzo de esta calle, en un poste de madera, una indicación: GAETA.

-Cerca de este poste, comiendo y jugando, en torno a unas mesas, unos soldados napolitanos, a la puerta y bajo el emparrado- de un mesón.

-Una vieja carretela, conducida por postillones, arranca ante la entrada del mesón y se aleja por una calle de árboles.

-Uno de los soldados, que acaba de hablar por una ventanilla con los ocupantes del ~~wagon~~ carruaje, vuelve a una de las mesas. Allí es interrogado por sus compañeros: -"¿Gente principal?" El soldado contesta: -"Séquito del Papa. Huyeron de Roma anteayer, disfrazados." -"Pero, ¿saben que el Papa está en Gaeta?" -"Eso querían comprobar. ¡Ved lo que me dieron!" ~~XXX~~ Y enseña unas monedas. Los demás soldados exclaman: -"¡Dos escudos!" Y el primero continúa: -"El caballero, al dármeles, me dijo: SU SANTIDAD ESTÁ PROTEGIDO POR EL REY DE NÁPOLES Y SUS SOLDADOS. ¡QUE LOS SOLDADOS DE NÁPOLES BRINDEN POR LA SALUD DE SU SANTIDAD!"

-Los soldados muestran su alborozo: -"¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Maese! ¡Maese!"... Y, cuando llega el moconero a su mesa, le gritan, ostentando orgullosamente sus escudos: -"¡El mejor Montefiascone de tus bodegas!"

-La carretela está parada ante una casa limpia y alegre, pero modesta.

-En un saloncito del interior de este edificio se hallan el Príncipe Ferrata, Rosina y Casilda. El Príncipe, sentado en un butacón, parece enfermo.

- "No debiste venir. ¡Son demasiadas emociones!", dice al Príncipe su hija.

- "Pío Nono está aquí refugiado. ¡Yo cumplo mi deber aquí también!"

- "Pero, reparad señor,- dice la vieja Casilda,- en que no tenéis aquí comodidades."

- "Ya las tendré cuando él vuelva a Roma. ¿Qué es eso?"

R-Rosina se asoma a un balcón y dice, volviéndose hacia su padre: - "El pueblo de Gaeta, que vitorea al Pontífice."

- Rápida visión de muchedumbre enardecida ante un edificio de paredes negras, cuyas ventanas tienen rejas verdes. Sus gritos son: - "¡Viva el Papa Rey! ¡Viva Pío Nono!"

- Rosina sigue diciendo a su padre: - "Aquí dicen ¡VIVA EL PAPA REY!" El Príncipe comenta, emocionado: - "Para oír esto fué preciso venir al reino de Fernando de Nápoles."

- Casilda se acerca también al balcón donde aun permanece Rosina, y le da un papel doblado: - "Tomad; leed y no seáis niña."

- Rosina lee y, en seguida, rompe el papel. - "Ya sabes mi contestación para ese condesito". - "Es rico, es noble, es galán..." - "Que se quede en Roma con sus millones." - "¡Siempre igual!" - "¡Igual, Casilda!"

- El cuarto de banderas del Regimiento de Infantería de la Guardia. Varios oficiales sentados en butacas, sillas y mecedoras. Uno de ellos habla: - "No te creemos, Leonello. Tu salud está a prueba de bombas. ¡Tú no has estado enfermo!"

- "¡Os juro que sí!", dice el aludido, riendo. - "¿Fué una escarlatina... muy peligrosa." - "Una escarlatina....o una Fernarina?" - "¡Oh, no! Tuve mucha fiebre... Una gran erupción..." Otro oficial interviene: - "Para erupción, nos basta con el Vesubio... ¿Cuántos años tenía?" Leonello, con cara de inocente: - "La... enfermedad?" - "La... bella Partenophea." Leonello, con naturalidad: - "Veinticinco." Todos ríen. - "¡Ah! ¡Ladrón! ¡Confiesas?" Y, en plan de confidencias, Leonello dice misteriosamente a sus compañeros, que le rodean: - "Ha sido la más extraordinaria aventura que vieron los siglos..."

Unas botas altas de uniforme, con espuelas, en posición de estar su dueño cuadrado. Frente a ellas, también "cuadrados", cuatro pares de botas iguales a las primeras, con espuelas parecidas.

- Las botas pertenecen (ahora se ven sus cuerpos): las primeras, a un general de largos y grandes bigotes, y las otras cuatro a otros tantos corone-

les de distintos uniformes: regimientos Suizo, de la Guardia, de Cazadores y de Fusileros. Los cinco se hallan en un sahnecito modesto.

-El general, que tiene en la mano un pliego, está terminando de dar instrucciones a sus coroneles...- "Y es la voluntad de Su Majestad que la División a mi mano, no sólo garantice y asegure la estancia en Gaeta del Padre Santo, sino que, al proclamar su protesta contra la república romana, penetren sus soldados en los Estados Pontificios para defenderlos y en son de guerra."

-Los coroneles, a una sola voz: -"¡A vuestras órdenes, mi general!"

-Continúa hablando el general: -"Mañana habrá desfile ante Su Santidad y Sus Majestades. A las nueve revistaré la tropa frente a la Puerta de la Tierra."

-Las botas de los coroneles dan, al unísono, un taconazo, como complemento del saludo que, indudablemente, han hecho sus dueños. Luego se ve salir a las botas, a grandes pasos, de la habitación.

-Siguen andando los cuatro pares de botas, que se detienen y cuadran ante otro par, exactamente igual a ellos, que se halla ya cuadrado. Todos siguen teniendo espuelas.

-El último par pertenece al coronel del Regimiento de La Guardia, a quien acabamos de ver. Los cuatro que se han detenido ante él, a cuatro comandantes del mismo Cuerpo, congregados en el cuarto de banderas, que ya conocemos.

-Habla el coronel: -"Mañana habrá desfile ante Su Santidad. A las ocho revistaré el Regimiento delante del Cuartel."

-Otro taconazo al unísono de las botas de los comandantes. De éstas desaparecen las espuelas. Y vemos ahora, en el mismo cuarto de banderas, a uno de los comandantes frente a cuatro capitanes del mismo Cuerpo; uno de ellos, Leonello.

-El comandante dice: -"Mañana habrá desfile ante Su Santidad y Sus Majestades. A las siete revistaré el batallón."

-El taconazo consabido de las botas, que salen del cuarto y entran, - por lo que se ve, - en un gran patio, empedrado con guijarros.

-Ahora, uno de los pares de las botas sin espuelas, ante cuatro pares de

botas burdas, "cuadradas".

-El capitán Leonello dice a sus cuatro sargentos: -"A las seis de la mañana quiero revistar la compañía."

-Rápidamente, las botas de Leonello se transforman en las de un sargento.

-El sargento Lombardé ordena a sus cuatro cabos: -"A las cinco, ¡todo el mundo listo!"

-Por el mismo, - cada vez más rápido, ~~procedimientos~~ de transformación, vemos ahora a uno de los cabos ante cuatro ~~cuatro~~ soldados, a quienes dice: "¡Todos, ya arreglados, a las tres!"

-Se difuminan los cuerpos; luego, las botas, de las cuales sólo se conservan perfectamente visibles las de uno de los soldados, que se dirigen hacia un rincón del patio, endonde hay unos sacos.

-Se ve ahora al soldado, que se sienta en un saco y dice para sí, pensativo: -"Será lo más práctico que no nos acostemos esta noche."

-Suena un alegre pasodoble militar. El vecindario de Gasta, estacionado a lo largo de su calle principal, (desde la Puerta de la Tierra a la del Mar) presencia alborozado el desfile de sus tropas. Se ven trezos sueltos del desfile: filas de fusiles detrás de las gentes; los frentes de algunas compañías...eto.

DE

-Desde la ventana baja de su casa provisional, Rosina, acompañada por Casilda, presencia el paso de los soldados. Su cara es risueña, esperanzada.

- "¡Dios nos ayuda, Casilda!, -dice.- Son los soldados de Nápoles, que van a la guerra, a defender los derechos del Rey de Roma." Casilda, emocionada, subraya: -"¡Dios los bendiga!" Y Rosina: -"¡Dios los proteja"...

-Sigue sonando el pasodoble. De pronto, el rostro de la Princesita se transforma. Mira rápida a Casilda, - que está en aquel instante distraída, - y vuelve a mirar anhelante a los que desfilan.

-Lo que ha llamado de ese modo su atención, lo que ha impresionado a Rosina, es, sencillamente, uno de los capitanes: el capitán Leonello, guapo y gallardo, que al frente de su compañía pasa, marcial y desafiador, ante la gente que le mira. El capitán ha dirigido sus ojos hacia la ventana de Rosina; al menos, eso le ha parecido a ella. El capitán ha sonreído. Pero es lo cierto que el capitán ^{va} mirando a todas las ventanas y sonríe ante todas ellas.

- "¿Qué regimiento es éste, Casilda?", pregunta Rosina, en cuanto el mozo ~~se~~ perdido se ha ~~perdido~~ de su vista.

- "¡Ay, yo no lo sé, hija! A mí todos me parecen iguales."

- Rosina desaparece de la ventana y, en seguida, se planta en la calle, en donde pregunta a una buena mujer: - "¿Qué regimiento es éste?" - "Son los soldados de la Guardia." - "¿Van también a la guerra?" - "Salen mañana para Fondi." - "Gracias, señora." Rosina se vuelve a su casa.

- Desde que ha comenzado el desfile hasta este momento, (~~un~~ que se difumina en la pantalla), no ha cesado de sonar el pasodoble, más o menos fuerte, dejando una vez que, sobre su fondo, se oiga claramente el diálogo, y adquiriendo otras mayor brillantez, reforzado por las exclamaciones y vítores del pueblo.

- De ahora en adelante, el pasodoble, lejano, sirve de fondo de la ~~un~~ acción hasta que se indique.

- Rosina entra en una limpia, pero modesta, alcoba en cuyo lecho reposa, enfermo, el Príncipe Ferrata. - "¡Albricias, padre! ¡Van a defender a nuestro Señor y Rey! ¡Son arrogantes y gentiles, valerosos y guapos!" Y se sienta en el borde de la cama paterna, temblorosa aún de emoción.

- El Príncipe la mira conmovido: - "Te parecieron arrogantes, hija?" Ella sigue: - "¡Llevaban un aire decidido, marcial, conquistador!..." El Príncipe comienza a comprender: - "Y a tí, ¿te conquistaron?"

- Rosina, cada vez más entusiasmada, continúa: - "Me cautivaron con su decisión; me impresionaron por la nobleza de sus miradas".

- El Príncipe, adivinando más: - "¿Todos?" Y ella, creyéndose sincera: - "Todos, padre. Son soldados de Nápoles que buscan la gloria, que aman el triunfo..." Su padre no la deja terminar: - "¿Que aman...? ¡Dios les guíe, Rosina, en sus amores!"

- La cama del Príncipe es análoga a la de su hija, a quien vemos ahora, en la noche siguiente, desvelada. Rosina se agita, no puede dormir. Enciende una vela. Toma un libro de oraciones e intenta rezar. Pronto lo deja. Reclina la cabeza en la almohada y entorna los ojos. Tararea la melodía del pasodoble: ve, medio en sueños, la figura del capitán Leonello desfilando... Entonces, como protestando contra sí misma, exclama: - "¡No! Son todos, ¡todos!"

Pero la visión continúa: El capitán, (le parece a ella), sonríe al verla... En la cara de Rosina (primer plano) se dibuja otra sonrisa... Entonces Leonello, siempre desfilando, la saluda con el sable desenvainado; Rosina le contesta con el pañuelo, (que en esta ocasión es una punta de la sábana de encaje); el capitán ha pasado con su compañía y, desde lejos, vuelve la cabeza para decirle "¡Adiós!". Los labios de Rosina pronuncian también un "¡Adiós!" apenas perceptible. El rostro de Leonello, despidiéndose de ella, se ve como entre brumas; pero es cada vez más bello, más sonriente y más varonil y, sobre todo, parece que está cada vez más cerca, hasta que ocupa, (siempre como entre sueños), el primer plano. Su boca envía, al parecer, un beso...

-Entonces, Rosina despierta sobresaltada y vuelve a decir, con énfasis, volviéndose a sí misma: -"¡No! Todos. ¡Todos!..."

-La vela se ha consumido y empieza a chisporrotear. Rosina la apaga con un soplo y la habitación queda de nuevo en la penumbra primitiva.

-Ahora es cuando cesa definitivamente la música de fondo del pasodoble.

-Otra vez está Rosina en la alcoba de su padre. Viste traje de calle con capota. -"¡Dormiste bien, hija?", pregunta, desde su lecho, el Príncipe. Ella, con gozo, responde: -"¡Maravillosamente!" El padre comenta: -"El sueño es el mejor amigo del hombre." La Princesita agrega: -"Sadré con Casilda por la ciudad y el puerto. Parece que invita la mañana." -"¡Bravo, Rosina! No siempre has de vivir encarcelada." Rosina besa a su padre.

-Por las calles semidesiertas avanzan la Princesa y Casilda. Aquella parece inquieta: -"¡Apenas si se ve a nadie!"

-Se cruzan con distintos tipos populares. Rosina, que ha sentido tentación de preguntar a algunos, se encara al fin con un "lazzarone" y le pregunta: -"¿Y las tropas de ayer?" -"Marcharon al salir el sol." -"¿Todas?" -"Todas; hasta los rancheros, cargados de patatas y macarrones."

-Rosina, sola en medio de la calle, con Casilda, se enfrenta con ésta, diciéndole: -"No te parece inesperado, insólito?" Casilda no entiende: -"Mientras que no os expliquéis..." -"¡Que se marcharon las tropas!" -"¡Ah! ¿Que se marcharon?... ¡Pues es lo natural! Ellos se fueron a la guerra y nosotras nos volvemos a casa. ¡Lo natural, señor!"

-Vuelven ambas, en efecto, a casa. Pero Rosina, preocupada e inquieta, ve

a un paso que no puede seguir la vieja Casilda. Al doblar una esquina, ésta tropieza con otro viejo y los dos están a punto de caer. Al principio, ambos van a enfadarse; pero él saluda, ella corresponde y, al fin, reanuda cada uno su camino, después de cambiarse entre ellos una sonrisa... inevitablemente grotesca.

-En el interior de la carretela que ya conocemos van Rosina y Casilda; ésta, muy preocupada; aquella, muy divertida. -"¡Esto es una locura,- clama la anciana servidora.- Vuestra Alteza ha perdido de repente el seso. ¿Qué vamos a hacer en Fondi?"

-Rosina pone cara de gran sorpresa: -"¿Y eres tú quien me lo pregunta? Le conviene a mi padre el cambio de clima. ¡No le ha sentado el de Gaeta!"-"Pero en Fondi no hay más que campesines, señora." Rosina ríe: -"¡Eso te figuras tú, mi buena Casilda!"

-Un pueblecito a lo lejos, como visto desde la ventanilla del carruaje.

-Un nombre en lo alto de un poste: FONDI. Al pie del poste, varios soldados se calientan en torno de una hoguera. De pronto, miran a lo lejos y cambian miradas picarescas; pero, en seguida, se levantan respetuosos. Una mujer se les acerca: es Rosina.

-La Princesa pregunta: -"¿El campamento de los soldados de la Guardia?"

-Uno de los interrogados responde galante: -"Somos Cazadores del coronel Colonna; pero nos hacemos de la Guardia...de Vuestra Señoría."

-"Mi Señoría,- dice Rosina sin inmutarse,- agradece la atención; pero necesita saber lo que pregunta."

-"Los Fusileros de la Guardia están en Terracina", apunta otro de los soldados. -"¡No, por cierto!, insiste el primero. A estas horas acampan en Piperno." A lo que un tercero arguye: -"¡Esos iban a Frosinone!"

-Junto a Rosina ha llegado Casilda, que ha escuchado las informaciones "tan concretas" de los Cazadores. -"¿Y qué nos interesan los soldados de la Guardia, si hemos venido aquí en busca ...de la salud?", dice, con intención, la vieja.

-Rosina, ya desasosegada, protesta: -"Iremos a Frosinone, a Piperno, ¡a donde sea!"

-"¿De salud habláis?,- apunta entonces el primer soldado.- ¡Cuidado con la malaria de las Pontinas!" Los soldados ríen. Rosina, con dignidad, les

vuelve la espalda y echa a andar hacia el carruaje.

-Se ve alejarse a éste del poste indicador de FONDI.

-En el interior del coche, Rosina, apoyada en el hombro de Casilda, solloza. -"¡Vamos! ¡Vamos! Es vuestro primer sueño de mujer...que se ha roto." La Princesa niega: -¡Roto, no, Casilda!" -"¡Bueno, bueno...! Dejémoslo en descosido..."

-Rosina, como antes, llora. Sus lágrimas embellecen su noble rostro, visto en primer plano.

-Pero ya la Princesa no está en el coche, sino sentada en una butaca de su saloncito de Gaeta. Visto de negro, con sencillo atavío.

-A su lado, sentada en una silla, Casilda, también de negro, la consuela. Sus consejos no convencen a la Princesita. -"Volvamos a Roma. Aquello se habrá tranquilizado. Ya nada tenéis que hacer en Gaeta." -"¡No, Casilda! Mi pobre padre vino detrás del Pontífice. Mi puesto sigue estando aquí... hasta que Su Santidad pueda volver a Roma."

-Casilda, cariñosa, insiste: -"Pues salgamos un poco a la calle, a que os dé el ~~www~~ aire. ¡Un mes lleváis entre estas cuatro paredes! La enfermedad del Príncipe, primero; la desgracia, después...! Era un santo!"

-Rosina aprueba: -"Era un santo!" Nuevas lágrimas brotan en los hermosos ojos de la Princesa Ferrata; lágrimas como perlas, pero transparentes como gotas de agua.

-En cada una de sus mejillas queda temblando una lágrima. Ella entorna los párpados, pensativa. Parece como si concentrase su pensamiento en una de las lágrimas. Esta se transparenta y, en su centro, aparece la imagen del viejo Príncipe que acaba de volar para siempre de su lado. El Príncipe sonríe melancólicamente, como saludando a su hija con gesto de despedida.

-La lágrima se desprende y cae. Queda la otra lágrima. También para ésta vive un pensamiento en Rosina; y, desde el fondo de "la líquida perla", sonríe también, - pero alegremente y con saludo de bienvenida, - el rostro del capitán Leonello...hasta que también esta lágrima cae en la falda de la Princesa.

-Cae ésta, y otra, y otras muchas gotas, al ~~ww~~ través de un cielo gris de invierno.

-No son cuatro gotas: es una verdadera lluvia, que desciende sobre un cam

pamento militar. Se ven ahora, entre los árboles, las tiendas de campaña, blancas; las alambradas, los puestos de centinelas,— envueltos éstos en amplios capotes,— y, más avanzados, en líneas, los cañones de una batería.

-Dentro de una tienda de campaña, sentados sobre unos colchones, varios oficiales de la Guardia fraternizan. Beben y ríen. Está en el uso de la palabra el capitán Leonello: -"¡Como os lo ^{acabo} ~~vengo~~ de contar! La ^{pobre} ~~plena~~ veneciana quedó esperándome, y hasta ahora. ¡A la luna de Venecia!"

- "¡Eres un tarambana, Leonello!", comenta, adulator, el teniente Pietro.

- "Pues otra vez, en Palermo, conocí a una pescadora." - "Y quiso pescarte?" - "Yo fui el pescador, y ella una ingénua pescadilla..."

-Un fogonazo en el anochecer brumoso del campamento.

-Varios fogonazos más, acompañados de estampidos lejanos.

-Movimiento de algunas tropas: unos fusileros, agazapados en trincheras, que disparan; una breve lucha, cuerpo a cuerpo, de un soldado napolitano y un garibaldino; varios hombres que caen.

-En unas parihuelas, un ~~herido~~ herido conducido por dos soldados.

-Los soldados entran al herido en una tienda de campaña. Un médico militar acude a examinar al recién llegado, cuyo rostro no se ve.

-El médico, al terminar el breve reconocimiento, dice: -"No está herido; sólo conmocionado. Dejadlo ahí."

-Los soldados colocan las parihualas en un extremo de la tienda. Ahora se le ve la cara: es el capitán Leonello. .

-El rostro del capitán es inexpresivo. Se le acerca un ~~wpruwetwuntw~~ practicante, que le atiende y aplica a su nariz un frasco de sales.

-Comienza el capitán a volver en sí. Sus labios dicen algo; pero no se le entiende.

- "Parece que reacciona, - observa el practicante. - ¿A ver?... " y vuelve a acercarle el frasco.

-Leonello, en efecto, pronuncia algunas palabras. Ya se le entienden. Dice: -"Otra vez, con una arrogante calabresa..." El practicante sonríe: -"Está volviendo a la normalidad."

-Una carretera sombreada por árboles. Por ella camina Toribio. Clarineti, el músico ambulante de Roma. Toribio no viene solo; viene con un borrico, encima del cual van un saco y el arpa del músico.

pa va en burro. Está fatigado; cojea un poco.

-Se cruza Clarineti con un labriego. Le detiene y le pregunta: "¿Como cuánto me queda para llegar a Sorrentinos?" -"Como de aquí al anochecer, llevando buen paso?" -"¿Buen paso? ¿De quién? ¿De éste (y se señala a sí mismo) o de éste?" (y señala al asno). -"De cualquiera de los dos; ¡lo mismo dá!" Y el labriego se aleja, divertido.

W-Toribio camina unos metros más. Pero no puede seguir. Al llegar junto a una tapia baja, acerca a ella el burro; se sube él a la tapia y, luego, con mucho cuidado, se monta en el animal; pero éste, en cuanto advierte el exceso de peso, dobla las patas de atrás, en seguida las de delante y queda sentado en el suelo.

-En vista de ello, Toribio descarga del burro el saco y el arpa, que deja en tierra. Obliga a levantarse al borrico y, montado en él, intenta llevarlo a otro sitio propicio para realizar su primitivo propósito. Pero al animalito corre ahora ligero y Toribio no puede detenerlo; y, como no es cosa de dejar abandonado el equipaje, opta por tirarse al suelo de un salto, teniendo por una mano sujeto el ronzal.

-Naturalmente, el músico ha caído en tierra cuan largo es; pero no por eso ha soltado el ronzal. El borrico, pues, queda parado en seco. Y Toribio, una vez que se levanta renqueando, va tirando del burro en busca del arpa y del saco.

-Ahora coloca solamente el saco en el animal, mientras que el arpa se la cuelga a sí mismo. -"¡Qué burro he sido!, -dice para sí.- Ahora, colgándome la yo, le engañé!" Sí, sí..En cuanto vuelve a intentar montarse, el borrico, más listo que él, torna a resentirse de los cuartos traseros.

-En estas fatigas se halla Clarineti cuando ^{ve} ~~está~~ a lo lejos, por la carretera, un coche que se aproxima, tirado por caballos. Es el mismo carruaje que ya conocemos: lo advertimos en cuanto lo vemos de cerca y, sobre todo, en cuanto descubrimos, tras una ventanilla, el rostro de la Princesita Ferrata.

-Toribio esconde el burro detrás de la tapia, se planta él en medio del camino y, cuando ya está próximo el coche, comienza a hacer grandes aspavientos para que se detenga.

-La carretela se para. Rosina baja el cristal de su ventanilla y asoma la

cabeza. Toribio pregunta, humilde: -"¿Van Sus Excelencias a Sorrentinos?" La Princesa afirma con la cabeza, en tanto que el cochero replica airado: -"¡No hay asientos disponibles, señor!" Pero el músico aclara: -"No se trata de asiento para mí. Pido un hueco para mi arpa, que es un instrumento muy delicado." Rosina se interesa: -"¿Eres arpista?" -"¡El más famoso de Roma! ¿Queréis que os cante?..." -"¡No! Prefiero llevarte el arpa adonde quieras. Recógela esta noche en Sorrentinos, en el Palacio Marinelli." WW -"¡Oh! ¡Señora...!"

-Toribio hace una marcadísima reverencia; toma el arpa en sus manos, como si tomara una espada, y se la entrega a Rosina, que ha abierto la portezuela.

-Cuando cierra, pregunta la Princesa: -"¿Y tú?" -"Yo iré caminando a pie." Y agrega en tono melodramático: -"Es mi destino..."

-No bien se ha separado de la ventanilla, coge Toribio el saco, que permanece en tierra, y lo coloca, sin que nadie lo advierta, sobre una de las ballestas posteriores del carruaje, amarrándolo, - mientras que ya el coche se pone en movimiento, - con la cuerda que él llevaba a la cintura para sostenerse el pantalón.

-Una vez que el coche se ha puesto en marcha, va el músico en busca de su burro, se monta en él de un salto y, a trote ligero, alcanza al carruaje y sigue detrás de él tan contento, dándole escolta.

-Pero el burro se cansa de seguir al coche. Entonces, Toribio, aprovechando un momento en que los caballos van al paso, forma con el ronzal una abrazadera que engancha en la ballesta libre del carruaje, quedando, como es lógico, un extremo del ronzal unido al hocico del burro y el otro en la mano del músico. De este modo, cuando el coche corre, tira del animal. Y Clarineti resuelve definitivamente su problema.

-Casilda, en el interior de la carretela, se siente curiosa. Inspecciona el arpa, pulsa una de sus cuerdas; y ésta lanza un sonido vibrante, que hace gracia a la vieja. Insiste en la pulsación y suena otra nota más fuerte.

-Toribio ha oído algo y tiene un gesto de desagradable sorpresa. Suenan otras notas discordantes. Entonces el borrico endereza las orejas.

-Va el carruaje ahora despacito. Se oyen perfectamente unos arpeggios deplorables y unas frescas carcajadas. Y surge con toda dignidad la pretes-

ta: ¡el burro rebuzna con toda la fuerza de sus pulmones!

-Casilda saca la cabeza por su ventanilla y mira hacia detrás. Ve entonces al músico y a su cabalgadura y, toda asustada, métese adentro.

-Ya se ve, al final del camino, un caserío ciudadano. Pronto llegan al poste que delata: SORRENTINOS. El terreno, desde este punto, está empedrado; y el coche salta y se bambolea. El resultado es inmediato: el saco del equipaje de Toribio viene al suelo; y éste, -y su borrico,- no tiene más remedio que acudir a recogerlo...mientras que el carruaje se aleja entre las primeras casas de la ciudad napolitana.

-Por la noche. El gran portal de un palacio, iluminado por la luna. Llegar, de la calle, Toribio, sin saco y sin burro, que se supone ha dejado ya en algún sitio. Como no ve a nadie, da dos palmadas. Llegar del interior un lacayo a quien el músico interroga: -"¿El palacio Marinelli?" El servidor guiña un ojo y le responde, rápido: -"Tú eres...¡el bribón del arpa!" -"¡Hombre! ¡Tanto como el bribón...!" El lacayo sonríe, toma el arpa de Toribio, que estaba en un rincón, y se la entrega. Toribio se cuelga el instrumento con toda dignidad y vuélvese a la calle.

-Una huerta alegre, desde la cual se advierte bello y luminoso paisaje. Gallinas en profusión, que corren y picotean entre los sembrados. Un gallo que las persigue y pica. Todas las aves, que se arremolinan, porque les echan "de comer". Se ven unos gruesos zapatos y unas burdas medias blancas; pero también, al lado, unas finas botas de señora. En seguida vemos que, junto a un venerable hostelero, se halla Rosina, muy divertida, echando trigo a las gallinas. Detrás, con cara circunspecta, Casilda.

- "Esta, - dice el Hostelero, señalando una gallina, - es la que os pondré para comer."

- "¡Qué horror! no me pondrás ninguna gallina de estas. ¡No matarás ninguna gallina de estas! ¡No comeré jamás gallina!"

-El Hostelero, servicial: -"Como gustéis. ¿Preferís ternera?"

- "Muy bien: ¡ternera! Porque supongo que no habrá terneras vivas en tu casa..." - "¡Eso quisiera yo!"

-Suena, perceptiblemente, el mugido de un animal vacuno.

-Rosina mira, con cómica severidad, al Hostelero. Este dice, disculpándose:

- "Son...las vacas de el lechero de al lado." Y con una graciosa reveren-

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

ta: ¡el burro protesta con toda la fuerza de sus pulmones!!

WILLIAM FERNÁNDEZ SHAW



cia se retira.

-Entonces Casilda se acerca resueltamente a la Princesa: -"¡Hasta cuando, señora; hasta cuando vamos a continuar en esta Hostería?"

- "No te preocupes, mi buena Casilda. Hasta que consiga verle; hasta que logre que se fije en mí."

- "Habéis alquilado el palacio Marinelli y, sin embargo, vivimos aquí; me habéis prometido discreción...y vamos de imprudencia en imprudencia."

-Rosina, en tono confidencial: -"¡Se llama Leonello! ¡El capitán Leonello! Ya sabemos algo." Y, volviéndose de pronto pensativa: -"Pero, ¿por qué viene aquí? Me prometiste enterarte."

- "Y de todo me enteró Maese Ricardo. Viene, porque es un loco, un aventurero. ¡No merece vuestra pasión! Le traen aquí los amoríos de esa cortesana que vive ahí enfrente."

- "Yo le arrancaré de sus brazos. Déjame verle otra vez; déjame realizar mi plan y yo te prometo dejar la Hostería y volver al palacio inmediatamente."

-Las aves del gallinero siguen picoteando entre las interlocutoras.

- "Mirad, señora,- insiste Casilda,- que estoy bien enterada. Desde que llegó a Sorrentinos, convaleciente, ya se le han conocido cuatro aventuras! ¡Cómo se jacta detener las mujeres a su alrededor! ¡Cómo se pavonea! Las enamora y, luego, ¡se ríe de ellas!"

-Durante las últimas palabras de Casilda, se ve al gallo rodeado de cuatro gallinas.

-Sigue hablando la anciana servidora: -"Y, cuando se cansa, las abandona y canta sus victorias."

-El gallo, majestuoso, se ha apartado de sus gallinas, y lanza a los aires un arrogante ~~XXXXXXXXXX~~ kikiriki.

-Rosina se ha quedado mirando unos segundos al gallo y dice, como queriendo alejar un mal pensamiento: -"¡Vámonos arriba!"

-En efecto, van hacia la entrada posterior de la casa,- que es la que da al huerto,- y suben por una tosca escalera de madera.

-Llegan a un modesto, pero limpio, departamento, en cuyo fondo se ve un balcón amplio con balaustrada.

-Rosina se dirige al balcón y lo abre. Mira hacia el exterior y tiene un movimiento de sorpresa: -"¡Fíjate, Casilda!" -"¡Ya?",- interroga la vieja,

acercándose con curiosidad al balcón.

-La Princesa señala entonces hacia afuera. -"No decías que una cortesana? ¿Será esa? ¡Ella debe de ser!" Las dos mujeres atisban el exterior, procurando no ser vistas.

W -Una plaza de Sorrentinos. A un lado la verja de un espléndido jardín. Enfrente, la entrada a la Hostería, cuyo interior acabamos de ver. Sobre la puerta de entrada del establecimiento, una inscripción: HOSTERIA DEL GANSO. Debajo de la inscripción, el emblema de la casa, que consiste en un ganso de toscas líneas; a su lado, un farol. Encima de la puerta de entrada, un balcón con balaustrada: el mismo que hemos visto antes desde el interior de la habitación de Rosina. Precisamente, tras los vidrios entreabiertos, se ve a la Princesa y a Casilda observando lo que ocurre en la ~~plaza~~ plaza.

-Y lo que ocurre es que, ante la verja del jardín, ha llegado la cortesana Flora Goldoni, elegantemente ataviada, seguida por una doncella; llama, tirando de un cordón que hay en la puerta de la verja; y, cuando viene por el jardín un paje y abre la puerta, entran señora y servidora en el parque y desaparecen entre los árboles.

-Toda la escena ha sido vista, desde el balcón, por Rosina y Casilda, y, desde el fondo de la ~~plaza~~ plaza, por Toribio, que con su arpa al hombro, venía ~~venía~~ sin duda siguiendo a la cortesana.

-En la ~~puertadde~~ su casa, el Hostelero ha hecho una reverencia a Flora cuando ésta ha pasado ante él.

-No bien ha desaparecido la cortesana, Toribio avanza al centro de la escena, se descuelga el arpa y se dispone a tocar, diciendo: -"¡San Toribio! Esta debe de ser la Gobernadora. ¡Sería la primera Gobernadora que no me pagara la cena!" El Hostelero, entonces, se le acerca y le pregunta: -"¿Tú sabes quién es ésa?" -"No; pero ~~mi~~ mujer no es." -"¡Claro! Es Flora Goldoni, la cortesana más conocida de Sorrentinos. Y tu mujer no será una cortesana." -"¿Qué va a ser, si es muy fea!" -"Y será honrada..." -"Es muy fea, y basta."

-Toribio vuelve a hacer intención de tocar el arpa. Y el Hostelero vuelve a impedirselo: -"Conque...cuélgate el instrumento ¡y marchen!"

-¿Marcharme en la noche de las serenatas? ¡Já, já! Precisamente, este año

al desdoblarse, casi llega hasta el suelo.

-El Hostelero mira con asombro la tira de papel, y pregunta: -"¿Qué es eso?"

- "Las serenatas contratadas para hoy. De nueve a nueve y media: a la hija del procurador Borelli, música y apasionada y melíflua. De nueve y media a diez: a la sobrina del abate Rapallo, mística. De diez a diez y veinte, a la esposa del general Bombón, dulce...Y así hasta las dos".

-Rosina sigue observando la plaza tras los vidrios del balcón; pero no ve a Toribio y al Hostelero, que se hallan bajo éste, muy próximos a la puerta de la Hostería.

- "¡Buen programa!", dice el Hostelero. A lo que Clarinetti replica: - "¿Tú crees que he venido de Roma para marcharme de vacío? Además, esta noche voy a estrenar un racconto compuesto por mí, que va a ser un acontecimiento!"

- "Y para quién es esa joya?"

- "¡Ah! ¡He aquí el problema! Como yo no conozco a nadie y es algo atrevidillo..." - "Pues, ¡ajo con el general!" - "¿Muerde?" - "Quizás. Y, además,

está siempre borracho." - "No le va el racconto. Le va mejor una melopea."

-Toribio repasa su lista otra vez, de punta a cabo, y pregunta: - "¿Y el abate? ¿Qué tal?" - "¡Ah! Ese es un buen hombre." - "¿Un buen hombre? Decididamente le toco el racconto a la sobrina del abate." - "Y te dará una buena propina." - "Falta hace, hijo mío, porque lo que es ahora..."

-Bosteza Toribio, demostrando sus hambres. El Hostelero le interroga: - "¿Estás a la cuarta pregunta?" - "¡A la novena!" - "Pues yo estoy autorizado por la Princesa Ferrata, que es mi huésped, para dar de comer a todos sus paisanos pobres."

-Toribio, emocionado, se descuelga el arpa, que apoya en la verja del jardín de Flora; y dice al Hostelero: - "¡Oh, ángel anunciador con mandil! ¡Ven a mis brazos!" Abraza al figonero efusivamente.

-Al poner el arpa junto a la verja, es visto el músico por Rosina. Esta, sorprendida, hace señas a Casilda para que se aproxime a ella. A continuación, mientras que sigue el diálogo del Hostelero y Toribio, ambas mujeres, procurando no hacer ruido y entendiéndose por señas, terminan de abrir el balcón y se asoman a la balaustrada, interviniendo en su momento oportuno en la conversación de los dos hombres.

no la conoce en Roma!" -"¡Y la recordarás!..." -"¡Que si la recuerdo?"

Y, hablando para sí, agrega Toribio: "¡Pues no la recuerdo!"

-Indica ahora Clarineti una pequeña estatura: -"¡Así! Así me ha conocido."

-Rosina a Casilda, sin poder contenerse. -"¡Qué embustero!"

-El Hostelero, incrédulo: -"Pero, si es mucho más joven que tú..." Toribio, imperturbable: -"¡No importa! Pero mil veces me ha visto a la puerta de su palacio así... ¡en cucullas!" Rosina y Casilda ríen divertidas.

-El Hostelero, intrigado: "Y dime, ¿tú sabes algo de su historia?" -"¡Su historia? ¡Al dedillo!" Rosina y Casilda se miran asombradas, cómicamente.

-Pero el Hostelero insiste: -"Cuenta, cuenta... ¿Es soltera o casada?" Toribio: -"Casada." Rosina, como antes, a Casilda: -"¡Qué sinvergüenza!"

-Vuelve a preguntar Maese Ricardo: -"Y cómo no va con ella el Príncipe?" Y vuelve a contestar Toribio, tan orondo: -"El Príncipe no va a ninguna parte." -"La Princesa tiene en su rostro un sello de nobleza..." -"En cambio, a él se le despega el sello. ¡Es un patán!" Y añade para sí: "¡Cómo le estoy poniendo!"

-Rosina no puede contenerse más tiempo y, componiendo la mejor de sus sonrisas, exclama en voz alta: -"¡Maese! Me hacéis el favor? ¡Maese!"

-Rostros de sorpresa de las dos interlocutoras: ^{el} del Hostelero, en seguida, beatífico; el de Toribio, de creciente confusión.

-Rosina, aparentando sorprenderse también: -"¡Ah! WENWENWENW ¿Estábais ahí con ese... con ese...?" -"Sí, señora. Con este paisano vuestro. Le conoceréis..."

-Sí, -repite Rosina. - Somos conocidos... antiguos." Toribio, respirando tranquilo, reacciona en seguida como buen pícaro, guiña un ojo al Hostelero y le dice: -"¿Lo oís?"

-La Princesa continúa: -"Pero, sobre todo, es amigo de... mi esposo." Y, dirigiéndose a Clarineti: -"¿Tenéis noticias del Príncipe Ferrata?" Toribio, cínico y ponderativo: -"¡Uff!..."

-Rosina no pudo reprimir una carcajada y exclama: -"Servidle por mi cuenta lo que pida... ¡y que beba a la salud del Príncipe!". Se retira con Casilda del balcón, que queda entreabierto.

-El Hostelero a Toribio: "¿Qué deseas?" -"Cualquier cosa. Sirveme una gallina." -"¡Una gallina? ¡Volando!" Y se retira al interior de la ~~Host~~ Hostería.

-Volvemos aver el cuarto de Rosina. Y volvemos a ver, indignada, a Casilda.-"¡Esta es otra, señora! Convidáis a todos los bigardos de Roma". -"A todos los que tienen hambre..." Casilda termina la frase:-"...Y no tienen vergüenza. Pero no es eso lo peor..."

-Rosina se sienta en un sofá de paja que hay enfrente del balcón y pone cara de resignación, dispuesta a oír en silencio las cariñosas amonestaciones de su vieja servidora.

-Una fuente de Sorrentinos. Es una fuente de piedra con cuatro caños, en cuyos pilones tienen sus cántaros cuatro garridas mozas, que charlan y ríen.

-Por una calle desemboca, en la plazoleta endonde está la fuente, el capitán Leonello con su brillante uniforme. Marcha arrogante, tarareando el "soldado de Nápoles".

-Al llegar cerca de la fuente, el capitán se detiene mirando a las muchachas que ríen. Estas, al fijarse en él, callan como por encanto. Entonces él, seguro de sí mismo, se aproxima a ellas.

-"Señoras mías: perdón os pido"...Pero estas palabras no las ha dicho Leonello, sino Casilda, que sigue hablándole a Rosina y que repite en seguida la frase, imitando el modo de expresar de un hombre adulador: -"Señoras mías: perdón os pido". Y, en cuanto suelta eso de señora o señoras mías, se dedica el capitancito a galantear a sus víctimas." -"Pero, alguna será la última", subraya Rosina, esperanzada. -"¡O la definitiva!", insiste la vieja.

-Vemos ahora a Leonello mintiendo un secreto al oído de una moza, que se ruberiza. -"¿qué ha dicho? ¿qué ha dicho?", preguntan las demás, riendo.

-"¡No se puede decir!" exclama la elegida, escandalizada. -"¡Ah! Ya lo sé-agrega una de las otras.- Si no se pueden decir...será lo que me dijo a mí el otro día."

-Nuevamente

~~www~~ la habitación de Rosina, endonde sigue Casilda en el uso de la palabra: -".Y una vez cas una y otra vez ~~www~~ cas otra...y el capitán, siempre triunfante!"

-!"Kikirikí!" El agudo kikirikí llega a los oídos de Rosina con manifiesta inoportunidad.

-Toribio, sentado a la puerta de la Hostería, es ~~un~~ quien lanza, ante una mesa, el grito que tanto efecto ha producido a la Princesa. Como lo sigue

lanzando, casi interrumpiéndola, Rosina, nerviosa, va al balcón y lo cierra.

-El Hostelero sale de su establecimiento a la plaza, siendo portador de un guisado, y se dirige a Toribio: -"¿qué haces, imbécil?" -"¡Hombre! ¡A ver si venía la gallina!" -"¡Aquí la tienes!" Y le sirve el guisado, que Clarineti, más que come, devora, no sin antes confesar: -"¡Pobrecilla! ¡qué aburrido lo va a pasar en un estómago tan solitario!"

-Llegan a la plaza el caballero Paolo y el capitán Pietro, a quien ya hemos conocido en Gaeta. El Hostelero, que acaba de servir a Toribio, les saluda: -"¡Señores!... ¡Tanto honor para mi casa! ¿No vino el capitán Leonello? Me extraña."

-Paolo guiña un ojo y, señalando al jardín de Flora, añade: -"¿Y la paloma, vino?" -"Ya hace un rato." -"Pues el gavilán está al caer... porque suele ser puntual."

-El Hostelero, viendo aparecer a Leonello, que mira distraidamente al jardín de la cortesana: -"¡Puntualísimo!"

Paolo: -"El cazador, cazado: ¡fábula!"

-Leonello, alegre y decidido, abraza a sus amigos: -"¡Hola, murmuradores! Os permito hasta que os riáis."

--Paolo, señalando otra vez al jardín: -"Como que esa no quiere más que nobleza"

-Pietro agrega: -"Y metales."

-Leonello se contonea: -"¡Los acontecimientos se atropellan!" -"¡Ah! ¿Sí?"

- "¡Desde ayer es cosa hecha!" -"¿De veras?" -"¡Cuando yo os lo digo!..."

Leonello, sentado ante una mesa, en la plaza, y teniendo a derecha e izquierda a uno y otro amigo, comienza sus confidencias:

- "Junto al puente de la Peña
por la noche la encontré..."

-Desde este momento, va sucediendo en la pantalla cuanto relata el capitán. Es decir: en el arranque de un lindo puente gótico, - junto al cual se eleva un gran peñasco, donde brilla la luz de un farol, - se ve a Leonello, en plena noche de luna, que, de pronto, se encuentra con Flora, lujosamente ataviada y seguida de una vieja criada. Al pasar cerca de Leonello, se le cae a Flora, "casualmente", uno de sus guantes...

-La voz de Leonello continúa:

...y su guante chiquitito
le cayó a los pies.
Por si un reto me lanzaba,
recogí su guante yo,
y en su mano bella
puse un beso de pasión..."

-En efecto, se ha visto a Leonello, en el puente, recoger del suelo el guante de Flora, y, al devolvérselo galante, tomar su mano y poner en ella un apasionado beso.

-Ahora se ve a Leonello con sus amigos, cuando dice:

"¡Porque al verla no se puede resistir la tentación!"

-Sigue la voz del capitán mientras que, en la pantalla, aparece siguiendo a Flora por callejas sombrías, endonde se cruza con tipos de mala catadura:

"Por las calles solitarias
embozado la seguí,
esquivando las miradas
de la gente ruin.
Y acercándome, galante,
mis respetos la ofrecí."

-Leonello se ha acercado, efectivamente, a la cortesana, y le dice:

-"Perdonad..."

-Ahora no canta Leonello. Es la voz de Flora la que contesta, acompañando al gesto:

-"Por favor..."

-Leonello insiste ante ella:

-"Atended..."

-Flora, complaciente:

-"¿Qué decís?"

-El capitán, con vehemencia:

-"¡Que os adoro!"

-Ella, fingiéndose ruborosa:

-"¡Callad!"

No decídmelo así..."

-Volvemos a ver la plaza, donde Leonello continúa el relato:

-"Y, escuchando su voz,
yo pensé: -¡qué infeliz!"

-Los amigos ríen. El capitán, dichoso, se levanta y canta ~~un~~ su estribillo de conquistador:

-"Mujer,
primorosa clavellina,
que brindas al amor:
yo soy caminante ~~que~~
que al pasar
arranca las hojas de la flor
y sigue adelante
sin recordar
tu amor."

-La voz de Leonello llega a oídos de Rosina que, en su habitación, seguía sentada frente a Casilda que la aconsejaba. El rostro resignado de Rosina se transforma. Primero, al oír al capitán, tiene un gesto de agradable sorpresa; en se-

cón. Entonces llega la voz de Leonello mucho más perceptiblemente a la habitación.

-Casilda, con intención, subraya, en recitado, la frase de Leonello: -"Sin recordar tu amor. Ya lo estáis oyendo." Pero la Princesa no quiere oírla: -"¡Déjame! ¡Déjame!" Y sigue, desde el balcón entornado, con creciente interés, la relación del capitán.

-Leonello continúa contando su aventura a sus amigos, que también se han levantado:

"A la dueña que la sirve
con dinero soborné,
y, admirada de mi rasgo,
saludó y se fué."

-Como antes, en la pantalla se desarrolla la escena que va describiendo el galán. Por lo tanto, Leonello se acerca a la criada de Flora, le entrega una bolsa con dinero y ella desaparece, no sin hacerle una gran reverencia. Entonces Flora, al verse sola, se dirige al capitán.

-Leonello cuenta esto mismo a sus amigos:

"Y, al decir la cortesana,..."

-Flora, como antes, vuelve a cantar:

"Caballero,
que yo espero
a mi galán..."

-Leonello realiza en la pantalla ante Flora lo que dice en la plaza:

..."en mi fiel acero
puse mano sin dudar..."

-Ahora sólo se le ve con sus amigos, blasonando de valiente:

"¡Que mi espada se enardece
con la sombra de un rival!"

y

Vuelve la escena accionada de Flora Leonello, mientras que sigue sonando la voz del raconto:

"Convencida y conquistada,
en mi brazo se apoyó
y escuchaba mis embustes
llena de ilusión."

-Las calles son otras. La pareja va caminando. Ella sonríe... La pareja desemboca al fin en la misma plaza donde Leonello refiere ahora su aventura. São que entonces está iluminada por la luna y, naturalmente, solitaria.

"Al llevarla a su palacio,
mis finezas repetí."

-Ante la verja del jardín, de noche, comienza el diálogo de despedida; primero, él, luego Flora:

"Dulce bien..."

"Me engañáis..."

"No acostumbro a mentir."

- "¿Volveréis?"

-Aquí la mirada y la voz la cortesana son insinuantes. La respuesta de él, resuelta:

- "¡Cómo no!"

- "¡Ya veré si fingís!"

- Y mientras que, plásticamente, Rosina, -a quien un paje ha abierto la verja, - se despidе con coquetería de Leonello, suena la voz de éste, que termina el relato a sus amigos.

- "Y dejándola ya,
de su amor me reí..."

-Suena, francamente, una carcajada del capitán, que hiere a Rosina e indigna a Casilda.

-Canta por segunda vez Leonello su estribillo, entre las palmadas en los hombros de los amigos y los apretones de manos:

- "Mujer,
primorosa clavellina,
que brindas el amor,
yo soy caminante ~~que~~
que al pasar
arranca las hojas de la flor
y sigue adelante
sin recordar
tu amor."

-Durante este estribillo, se ve en la pantalla, - después de lo indicado, - sucesivamente: a Flora, en su casa, sentada en un sillón, pensativa; a una de las mozas de la fuente, parada en una calle, pensativa; a la otra moza a quien Leonello habló, todavía junto a la fuente, sola y pensativa; y a Rosina, en el sofá de paja de la habitación, adonde se ha vuelto, pensativa también, frente a Casilda que la contempla con lástima. El final de este momento ha de coincidir exactamente, con la última nota del número.

-En la plaza, ante la Hostería, habla Pietro. - "¡Un buen trago de vino para que no se malogre la aventura!"

-Leonello: - "¡Sea! Y agrega, al hostelero, que ha salido: - "¡Ha venido el sargento Lombardu?"

-El hostelero: - "No, capitán." - "¿Nadie ha preguntado por mí?"

-Otra vez aparece tras el balcón el rostro de la Princesa:

-El hostelero contesta a Leonello: - "Nadie. Es decir... Ha preguntado una de mis huéspedes: la más hermosa, la de más alcurnia."

-Leonello, engallándose, a sus amigos: - "¿Lo oís? ¿Y qué, y qué?"

-El hostelero: - "¡No os puedo decir más! ¿Queréis falerno?"

-El caballero Paolo: - "Sí, falerno."

-Leonello, confidencial y divertido: -"Y dí a tu huésped que, en concluyendo con la Goldoni, podrá disponer de mí...un par de días." Ríe, como antes, a carcajadas.

-Rosina, sin voz, apoyándose en el quicio del balcón: -"¿Qué? ¿Oyes, Casilda?" Con el pañuelo de encaje se enjuga una lágrima.

-Casilda, acudiendo a sostenerla: -"¡No tiene corazón! Es un desalmado..."

-Se la lleva nuevamente al sofá y queda reclinada en un pequeño escritorio, que se halla en lugar próximo. Al sentarse, dice Rosina, reaccionando: -"¡Quién sabe si por eso me seduce más!"

-A la Princesa se le cae al suelo el pañuelo de encaje. Se inclina y tiende la mano derecha para recogerlo.

-La mano, fina, enojada, recogiendo con dos dedos el pañuelo de encaje.

-Otra mano, parecida a la anterior, pero más recargada de alhajas, recogiendo del suelo, no un encaje, sino un retrato.

-La mano segunda pertenece a Flora, que sigue sentada en el sillón donde antes la vimos y que mantiene sobre su falda un album de retratos de sus admiradores.

-Hojea la cortesana el album con gesto melancólico.

-Vemos ahora en mayor tamaño el album y sus distintas páginas desde el punto de vista de Flora. La mano de Flora va haciendo desfilar ante sus ojos estas páginas. Son retratos muy diversos: hombres de diversas edades: aristócratas, militares, personajes enlevitados...

-Ante la cortesana se halla de pie una criada con una taza humeante en una bandeja. -"Tomad, señora. ¡Esto la aliviará!"

-Flora tiene una mueca de duda, deja sobre el escritorio el album, toma la taza para apurarla y exclama: -"¡Es una jaqueca terrible!"

-En la plaza, en torno a la mesa, sigue la charla de Leonello y sus amigos: -"Eres un tarambana, Leonello!", dice Pietro.

-Leonello, halagado: -"Sí, sí... ¡Ahora que me voy haciendo hombre apasionado! ¿No sabéis? Es muy gracioso. Flora Goldoni (y señala hacia el jardín) es la mujer más extraña del mundo. Si la fama no miente, caballero que cae en sus brazos se arruina."

-Los amigos asienten: -"Dígalo el duque de Verona." -"Y el marqués Manfredi."

- "Y toda la nobleza del reino..."

-Flora, que ha vuelto a mirar su album, contempla, coincidiendo con las anteriores

res frases, el retrato de un caballero de mucha edad, con barba y bigote, y el de otro, más joven. Luego, astiada, deja el album, en el que aún le quedaban por ver varias páginas.

-Leonello contesta a sus amigos: -"¡Nobleza estúpida! Esa insaciable de riquezas es una romántica terrible...a su modo. (Remedando la voz de Flora) ¡Ay, amigo Leonello! Nosotras no somos comprendidas. Hemos de dar amor a fortiori y no llega jamás el caballero de nuestros sueños..."

- "¡Famosísimo!", - comenta Pietro. - "El caballero de sus sueños sería el mismo Moctezuma con cien mil galeras de oro y diamantes."

-Toribio, que está concluyendo su comida, suspende ésta al oír a Pietro y dice:

- "¡San Toribio! ¿Hacia donde caerá la casa de Moctezuma?"

-En el balcón de la Hostería vuelve a aparecer el rostro de Rosina que, poco a poco, va saliendo para escuchar la voz de Leonello.

-El capitán sigue su relato: -"En una entrevista que conseguí de Flora, me habló del Dante, me dijo no sé qué de Paolo y Francesca..."

-Pietro, como antes; -"¡Rematada!"

- Continúa Leonello: -"Y yo, que conozco muy bien el corazón de las mujeres..."

-Rosina, en su balcón, no puede reprimir un comentario: -"¡Que conoce el corazón..."

-- "...y que no aspiro arruinarme por semejante loca, he concebido un plan digno de Maquiavelo." Esta última frase del capitán intriga a sus amigos: -"¡A ver! ¡A ver!..."

-Sigue Leonello: -"He encargado al sargento Lombardi la mejor comparsa de la ciudad; y hoy, en la noche clásica, la ofreceré una serenata como si fuera una virgencita de quince años..."

-Mientras que habla Leonello, Casilda acude también al balcón de su señora e intenta, aunque en vano, llevársela de allí.

-Y el capitán continúa: -"Saldrá a su mirador; y, entre la música y la poesía de la noche, la luna que ilumine su jardín y cuatro o cinco versos que acabo de aprenderme del propio Petrarca... ¡rendición del castillo inexpugnable!"

-Pietro: -"No se puede imaginar nada más divertido." Paolo: -"Ni más barato."

-Rosina en su balcón, - visto desde la estancia de la Hostería, - a Casilda, que está ante ella: -"Es necesario estorbar sus planes. ¡Piensa algo, mujer!" -"Píenso que fuera bueno volver a casa." -"Eso, jamás."

-En la plaza, de nuevo. El Hostelero ha salido con copas y un búcaro y se halla ~~enfrente~~ delante de los jóvenes. -"¡El falerno!" Y sirve el vino.

-Leonello: -"¡Bebed por Leonello, el trovador!" Pietro: -"¡Bebamos!" Brindan y beben.

-Toribio, para sí, al darse cuenta de la presencia del vino: -"Han dicho que falerno?" Y se levanta, acercándose al grupo sigilosamente.

-Flora, en su gabinete, se ha levantado. Mira distraidamente a los cuadros de su estancia, se contempla en un espejo, fija los ojos en un balcón. Hacia él se dirige; lo abre, y pasea su mirada por las frondas del jardín. Detrás de ellas se adivina la plaza de la Hostería.

-Leonello, que aun está sentado, y mira hacia el jardín, dice de pronto: -"¡Callad!" En su balcón aparece Flora y no nos ha visto. Se levanta y se vuelve para mirar al interior del jardín. Sus amigos le imitan.

-Cruza volando sobre el parque un pájaro que se pierde a lo lejos. Flora sigue con la mirada el vuelo del ave.

-Leonello, que mira a Flora desde la plaza, dice a sus amigos: -"No me ve."

-Toribio, aprovechando la distracción del capitán y sus acompañantes: -"No me ve..." Avanza y se bebe la ~~cupa~~ copa de Leonello.

-Leonello, otra vez, como antes: -"¡No me ve!"

-Toribio, cogiendo la copa de Paolo: -"¡No me ve!" Se la bebe también. Cuando va a hacer lo mismo con la de Pietro, éste le sorprende: -"¡Eh, amigo!" Toribio, aparte: -"¡Me vió!" Pietro, zarandeándole: -"¡Bergante!"

-Leonello interviene y libra a Toribio de las iras de Pietro: -"Perdónale, porque va a serme útil.

-Una gran reverencia de Clarineti. -"¡Mandadme!"

-Leonello: -"Yo creo que, si tocara algo, Flora nos miraría."

-Rosina, que ha seguido el diálogo desde su balcón, dice a Casilda: -"¡No en mis días!" Casilda, al verla nerviosa: -"¡Qué váis a hacer?" -"¡Impedirlo!"

-Pero, cómo? -"¡Déjame!" Vuelve a mirar hacia el exterior con ansiedad.

-Leonello a Toribio, que permanece humilde ante él: -"Podrías cantar alguna cosa?"

-Toribio: -"¿Qué queréis? Cavatina, serenata, rondó, tarantela, romanza, brindis, pregón, motete?..."

-Leonello, impaciente: -"Lo que quieras, pero pronto."

-Rosina aparta a Casilda, que pugna por arrancarla del balcón.

-Toribio, como antes, a Leonello: -"¿Alegre, melancólico, fuerte, piano, lírico, poético, romántico...?"

-Leonello, cortándole: -"Sí; poético; y un si es no es romántico."

-Toribio: -"¡No me digáis más! ¡LA CANCIÓN DEL OLVIDO!"

-En Rosina se dibuja una sonrisa de satisfacción.

-Y sigue Toribio: -"En Roma, es el terror de las cocineras sensibles."

-Brevísimo momento en que se ve a la cocinera que en Roma cantaba esta canción en las primeras escenas de la película.

-Toribio coge el arpa y se dispone a tocar, acompañándose de ella.

-Mientras que suenan los primeros acordes del arpa, Rosina, con el balcón abierto de par en par, se ha recluso en su habitación. Luego, apoyada en un hombro de Casilda y dando frente a la plaza, comienza a cantar:

"Marinela, Marinela,
con su triste cantinela
se consuela
de un olvido maldecido...
Mari, Marinela..."

-Toribio, Leonello y los amigos de éste han quedado suspensos al oír la voz de Rosina. Toribio sigue acompañando la canción con el arpa. Leonello mira a un lado y otro hasta que descubre, por señas que le hace Toribio, que la voz parte del balcón del piso alto de la Hostería. Al terminar Rosina la primera estrofa, dice, recitado: -"¡Voz deliciosa!"

-La princesa sigue cantando. Casilda se desprende de ella y, con mucho cuidado y mucha curiosidad, - ¡al fin, mujer!,- pretende descubrir desde el balcón el efecto que la canción de su ama produce en el capitán. Dice Rosina:

"Campesina, campesina,
como errante golondrina
cantarina,
vas en busca del amor."

-Ahora, mientras que suena la voz de Rosina, diciendo los tres versos siguientes, vuelve a cruzar ante los ojos de Flora la golondrina de antes, que se aleja volando:

"¡Pobre golondrina,
que al azar camina
tras un sueño engañador!"

-Flora sigue el vuelo del ave con la mirada, lo mismo que antes.

-Toribio, cada vez más asombrado, deja de tocar el arpa. Pero Leonello, también cada vez más interesado, le ordena: -"¡Sigue! ¡Sigue!" Clarineti continúa tocando y Rosina prosigue su canción:

"El aire murmura en mi oído
dulces cantares

que en nuestros labios
ha sorprendido
en noches lejanas de amor."

-Durante los anteriores versos, Leonello ha quedado absorto, apoyado en la verja del jardín. Casilda le observa. Rosina interroga con la mirada a la vieja y ésta da a entender con su mímica que el galán está pensativo. La princesa entonces sonríe y sigue cantando, cada vez más segura:

"Cantares de tiempos mejores;
cantares risueños,
que huelen a flores
y alientan ensueños
de amores..."

-Esta vez la voz de Rosina ha llegado a oídos de la cortesana, asomada a su balcón. Y, mientras que suena la anterior estrofa, vemos ~~un~~ a Flora, que mira curiosa hacia la Hostería. Allá a lo lejos ve a Rosina, junto a Casilda, cantando; sonríe benévola, sin dar importancia al canto de la niña y sin poder su-
ponerse su causa, y se retira un poco lánguidamente del balcón.

-Leonello, en la plaza, al terminar ella su estrofa anterior: -"¿quién será?"

-Rosina canta ahora su estribillo, cada vez más retirada del balcón, aconsejada por Casilda, que atisba los movimientos de Leonello y de sus amigos:

"Marinela,
con su cantinela
busca olvido a su dolor.
¡Pobre Marinela!
Ese bien que anhela
no lo da ese amor."

-Y lo que han hecho, mientras tanto, el capitán y sus compañeros ha sido lo siguiente: deseoso Leonello de ver a la mujer que canta con tan bella voz, se sube en un escabel; pero, como no logra su propósito, pasa del escabel a la mesa. Entonces, Pietro se sube al taburete, quedando Paolo de pie en la plaza y formando los tres un grupo escalonado.

-Cuando la canción acaba, Leonello, en lo alto de la mesa, exclama: -"¡qué voz! ¡qué apasionada!"

-Su exclamación es tan vehemente que la oye muy bien, desde su aposento, la princesa. La cual, ~~habiendo~~ halagada, comenta: -"¿que no tenía corazón!..."

-Leonello desciende de la mesa al escabel y de éste a la plaza, mientras que Paolo confiesa: -"¡Chico! Nos ha encantado la desconocida."

-El capitán, ya en el suelo, ríe con su risa habitual, ya repuesto, y vuelve a ser el de siempre: -"Lo que yo os dije. ¡Cosas de mujeres! Esa...es otra enamorada de la luna."

-Rosina y Casilda se miran, decepcionadas; aunque en el rostro de la vieja se advierte ^{la} ~~una~~ expresión propia de ^{quien se encuentra} ~~wwwwww~~ ante una cosa prevista. Rosina suspira: -"¡Alma de piedra!" Casilda: -"¿Lo véis, señora?"

-La Princesita, convulsa, pasea por la estancia: -"¡Déjame! Estoy ciega." De pronto, se detiene y ordena: -"¡Haz que pase ese hombre!" Casilda, horrorizada: -"¿quién?" -"¿quién va a ser? ¡El músico!" Casilda, tranquilizándose: -"¡Ah Bueno..."

-Sale Casilda de la habitación.

-En la plaza, Pietro dice a Leonello, señalando al jardín: -"La cancioncita por esta vez te ha sido infiel." A lo que el capitán asiente: -"Cierto: la cortesana se ha esfumado."

-Toribio, volviéndose a su sitio: -"¡Como que no la he cantado yo!"

-Llega a la plaza el sargento Lombardi, de uniforme, ya le conocimos en Gaeta. Mientras que se desenvuelve su diálogo con Leonello, sale de su casa el Hostelero, habla reservadamente con Toribio y entra de nuevo, con éste, en la Hostería. El sargento se cuadra ante su capitán y dice: -"A vuestras órdenes!"

-Leonello, satisfecho al verle: -"¿Qué hay Lombardi?" -"En toda la ciudad no queda un músico disponible." -"¿Cómo?"

-Pietro, interviniendo: -"¡Adiós luna y estrellas, poesía y aventura!..."

-No disminuye Leonello su contrariedad: -"¡Pues hay que buscarlos!" El sargento, resuelto, añade: -"Previendo ese mandato, tengo reunidos en el cuartel todos los soldados que tocan algún instrumento...y cantaremos."

Leonello: -"Bien; lo que sea. Basta con un pretexto para llamar la atención."

-Lombardi: -"Don que llamaremos la atención no os quepa duda." El sargento hace un saludo militar.

-La escalera de la Hostería. El hostelero dice a Toribio, que va tras él: -"La princesa te espera en su aposento." Toribio, con sorpresa: -"¿Qué? ¡San Trino!" El hostelero le indica "silencio" con el dedo sobre la boca: -"¡Debes ser discreto!"

-Toribio no sale de su asombro: -"Pero, ¿y el arpa?" -"No te preocupes. Yo te la guardaré." En lo alto de la escalera, Casilda hace señas al músico para que suba.

-En la plaza, Pietro se despide de Leonello: -"¡Tendrá que oír la serenata del sargento!" -"Se juega en ella cuatro tiros." -"Ya nos contarás. ¿No vieras?"

Flora las canciones; para que sepa de quién son."

-Pietro, riéndose: -"¡Acabarás poeta!" Leonello, riendo también: -"¡Poeta!?"

Los amigos ~~húmanos~~ se van. Leonello queda pensativo sentado ante la mesa.

-El hostelero, en tanto, ha salido a buscar el arpa; y, cuando la va a entrar de nuevo en la Hostería, es detenido por la voz del capitán: -"¡Maese! Cobra el vino y tráeme pluma y papel." ~~hmm~~ El aludido se acerca a él, cobra y se va con el arpa.

-En el aposento de Rosina. Como ha ido oscureciendo, la estancia se halla en una discreta penumbra. Entra Casilda y dice: -"Aquí está el músico." Y, volviéndose a Toribio: -"Pasad."

-Detrás de Casilda aparece Clarineti y, como no ve, se dirige al lado opuesto a aquel en que se halla Rosina, reverenciando a una silla: -"¡Alteza!..." Casilda le coge por un brazo y le vuelve: -"Pero, ¿donde váis?"

-Toribio, dándose cuenta: -"¡Ah!" Ve a la princesa y hace nuevo saludo: -"¡Alteza! No se ve gota..."

-Rosina a Casilda: -"Trae luces y dime luego lo que hace." Casilda se retira.

-Toribio queda esperando que le hable la princesa en actitud humilde. Rosina le mira, sonríe y le pregunta: -"¿Cómo andas de dinero?" Toribio, para sí: -"¡A buena parte vas!" En seguida, a Rosina en voz alta: -"Señora, lo siento mucho; pero no puedo servir."

-Ella, impertérrita, le ordena: -"Desde hoy vas a ser mi marido: el príncipe Ferrata."

-Toribio, con espontaneidad: -"¡Pero, si soy casado!..." La princesa: -"No importa." Clarineti, envaneciéndose: -"Y, ¿qué habéis podido ver en mí para pensar cosa tan grave?"

-Pero Rosina está decidida y le responde enérgica: -"¡No me interrumpas! Tú serás el príncipe a los ojos de los napolitanos, tú habrás de enamorar a una cortesana y recibirás en pago tres mil florines si estás conforme en pasar por príncipe."

-Toribio, rápido: -"¿Vale interrumpir?" -"Habla." -"¡Por tres mil florines, paso yo por los doce apóstoles y ceno más que los doce!"

-En la plaza, el hostelero ha colocado sobre la mesa de Leonello recado de pluma y papel y enciende el farol que hay junto a la puerta. Leonello toma la pluma y comienza a escribir, diciendo antes enfáticamente: -"¡Para Flora!" En la

puerta, al fondo, Casilda observa al capitán.

-Vuelve la habitación de la Hostería. Toribio dice ahora a la Princesa: -"Sólo tengo una duda: ¿qué dirá vuestro esposo?"

-Rosina vuelve a reír. -"No dirá nada, porque mi esposo no existe." Toribio, con fingida condolencia: -"¡Dios le tenga en su seno!" Ella: -"¡Imbécil! Soy soltera."

-Toribio se estira sus ropas raídas, se engalla, adopta un aire grotescamente señorial y pregunta: -"¿Y creéis que tengo porte de príncipe?"

-Entra en la habitación Casilda con luces, que va colocando en el escritorio y en otros muebles.

-Rosina contesta a Clarineti: -"A ver... Paséate." Toribio se contonea ridículamente. Rosina le corrige: -"¡Más natural!" Nuevo contoneo del músico, aún más ridículo.

-Casilda, observándole desde lejos: -"No va a convencer..." Toribio se detiene en seco y dice medio ofendido: -"Buene; les que hay que ver la repita!"

-Rosina: -"Tienes razón." Se acerca a Casilda y, en voz baja, le pregunta: -"¿qué hace el capitán?" La servidora, confidencial: -"Escribe." -"¿Una carta acaso?" -"Para ella."

-Rosina vuélvese rápida a Toribio: -"Esta misma noche tendrás un vestuario espléndido. Vé al palacio Marineli; allí están mis criados. Entregarás al mayordomo unos renglones míos. Quitate esas barbas y espéranos."

-Toribio, encantado: -"¡A vuestras órdenes!"

-Rosina se sienta ante el escritorio y comienza a trazar unos renglones.

-En la plaza, Leonello escribe también.

-Dos manos que escriben al mismo tiempo, separadas por una pared: la de Rosina traza rasgos rápidos, enérgicos, elegantes: "ENTREGARÉIS AL QUE OS LLEVA ESTE PLIEGO EL TRAJE DE CEREMONIA QUE MEJOR LE CUADRE PARA QUE PAREZCA UN PERSONAJE." La mano de Leonello es más lenta y el trazo de su pluma más grueso: "LA LUNA VA A DECIRLO, YA QUE LE SOIS INGRATA, SUS DUELOS Y SUS PENAS EN UNA SERENATA..."

-Rosina se levanta y entrega el papel a Toribio. Este, al tomarlo, apunta: -"Me habéis dicho que tenía que enamorar..." -"...A una cortesana."

-Toribio, dudando un poco: -"Es que os advierto que, fuera de "¡Hola, terremoto femenino!", "¡Sílfide vespertina!" y "¡Marramamiáú!", no tengo repertorio."

-Rosina: -"Para esos menesteres te acompañará un paje." Toribio vuelve la cara

como buscando al aludido: -"¿Y donde está?"

-Leonello, sugestionado, abandona la verja y mira ~~hacia arriba~~ hacia arriba, nuevamente suspenso.

-Rosina sigue, ahora esperanzada:

"¡Pobre Marinela!
Ese bien que anhela
no lo dá ese amor."

-Durante estos últimos versos de la canción, Leonello, sin darse apenas cuenta de lo que hace, rompe el pliego; y sus trozos se le van cayendo de las manos.

-Una vista panorámica de Sorrentinos a la luz de la luna. Es una bella ciudad con edificios góticos y de estilo Renacimiento. También, con hotelitos rodeados de jardines; y con puentes que enlazan las dos orillas por entre las cuales discurre la cinta de plata,- que brilla,- de un río. Completando el encanto de los ojos, halaga el oído la serenata que parece desprenderse del caserío de la ciudad:

"Ya la ronda llega aquí,
firulirulí,...
A cantarte amores va,
firulirulá.
Sal a tu ventana,
que mi canto es para tí.
Sal, napolitana,
firulí, firulí, firulí,
firulí, rulá."

-Otras voces,- sólo masculinas y un tanto desafinadas,- vuelven a cantar este comienzo de serenata. Al llegar al cuarto verso, vemos un coro de soldados, mal agrupados bajo la protección del claustro de un viejo convento, convertido en cuartel. A su frente, esmerzándose en evitar o corregir las desafinaciones, el sargento Lombardi.

-Cuando los coristas llegan al último verso, la catástrofe filarmónica es rotunda. Detrás del sargento, surge la figura del capitán Leonello: -"¡Mal! ¡Huy mal! ¡Y éste es el coro que me preparas?"

-Uno de los "orfeonistas", simpático y delgadillo, dice con dignidad: -"El que desafina es éste." Y señala a otro muchacho, barbilampión y gordinflón, de carrillos inflados, que se azara al sentirse aludido.

-Lombardi asiente: -"Este es; tienes razón." Y, ^{pregunta} ~~preguntándole~~ al infeliz: -"¿Y no me dijiste que eras músico?" -"No, mi sargento. ¡Ranchero!" -Pero, ¿no tocabas un instrumento?" -"Yo dije que tocaba los platillos; pero solamente cuando los friego."

do por el claustro.

-Leonello, divertido, dice al sargento: -"No te esfuerces: si todos son soldados de los nuestros, (afirmación mímica del Lombardi), lo único que sabrán bien será nuestro pasodoble. Basta con eso."

-Echa a andar Leonello y abre una puerta que comunica con el interior del cuartel. Desaparece por ella. Las dos hojas de la puerta se cierran. Son puertas cuarteronadas.

-También son cuarteronadas otras puertas sobre las cuales se proyectan unas sombras femeninas. Las puertas se abren; y dejan paso a Rosina y Casilda, que entran en el piso alto de su palacio. Detrás de las puertas se halla, cuadrado, el mayordomo a quien ya conocemos.

-Sirviendo de fondo al diálogo que se desarrolla en las escenas que se suceden a continuación, oyeses, - como de lejos, - la serenata de antes, entera y cantada a coro. Su letra es la siguiente:

"Ya la ronda llega aquí,
firulirulí.
A cantarte amores va,
firulirulá.
Sal a tu ventana,
que mi canto es para tí.
Sal, napolitana,
firulí, firulí, firulí,
firulirulá.
Lucero, lucero, lucero,
lucero;
morena, morena, morena,
morena;
te quiero, te quiero, te quiero,
mi amor cantar."

-Rosina, seguida de Casilda, va por una galería enristalada hasta una habitación, en la que entra. Es una antecámara amueblada con gusto, en cuyo fondo se advierte, - tras un arco que ahora medio tapan cortinas, - la alceba. Rosina se desprende de la capota que lleva puesta y comienza a quitarse la capota y otras ropas, mientras que Casilda abre uno de los grandes armarios de espejos de la habitación.

-Otro gran armario abierto con trajes colgados en cruces. Son trajes de caballero, que la mano del mayordomo va extrayendo para presentárselos a Toribio. Este, ya sin barbas, sentado en un baul frente al armario, - en un amplio desván con muchos trastos, - se halla indeciso ante los diversos trajes y uniformes que el mayordomo, secundado por otros dos rígidos servidores, le presenta. Toribio se ha quitado ya su vestido andrajoso y aparece ahora en

camiseta y calzoncillos largos, blancos. Se acaba de probar una bota con grandes dificultades, manteniendo en el otro pie su sandalia de músico ambulante.

-El mayordomo ~~wwwwww~~ le va mostrando los trajes: -"Este, de caballero Luis XIV... Este, de Mefistófeles... Este, de Arlequín... Este, de Pantalón....."

-";No sigas! De pantalón es el que necesito." Se pone de pie; pero le duele la bota y se queja: -";Ay!...O me traes unos zapatos que me sirvan o tu señora se quedó sin príncipe." Se desabrocha y se quita la bota, quedándole ese pie con el calcetín reto por el dedo gordo, que surge irrespetuoso.

-Uno de los criados recoge las botas y se va. Toribio vuelve a sentarse en el baul: -";Venga ese pantalón!" El mayordomo le entrega el traje, que Toribio empieza a ponerse.

-Ante el armario, cerrado, de Rosina, se está contemplando ésta en los espejos de sus puertas. Vemos su imagen precisamente en uno de los espejos: está vestida de paje y su figura es gentilísima. Rosina vuelve la cabeza; y ahora vemos directamente su rostro, dirigiéndose a Casilda: -";qué opinas tú?" -"que nunca ví un paje que subiese tan deprisa... ni una princesa que descendiese con tanta rapidez." -"Tú no entiendes de ésto, mi buena Casilda." Y Rosina abraza divertida a su servidora, que también ríe a su pesar.

-La música ha cambiado. Ahora es una sola voz la que canta. Y vemos a un enamorado trovador al pie de una ventana, en una calle romántica, acompañándose con un laud:

"Hermosa napolitana,
valle florido,
rayo de luna clara...
No sé yo cómo en el fuego
de tus pupilas
no se ha fundido
la nieve de tu cara."

Contemplamos, - durante los anteriores versos, - a este trovador y a otros dos enamorados al pie de sus respectivos balcones o ventanas.

-Pero la voz sigue sonando. Y, mientras que canta

"Niña de mis amores,
que esperas gozar un día
la dicha que da el amor,
amor que siembra de flores
tu fantasía,
da espigas de dolor",

vemos otra vez a Rosina mirándose al espejo e interrogando ilusionada con los ojos a Casilda; y a ésta, con gesto de advertencia dolorosa, (coincidiendo con lo que dicen los últimos versos trasapritos).

Vuelve la figura del trovador ante la ventana romántica, rematando la serenata:

"¡Niña de mis amores,
ya sabes lo que es amor!"

-Continúa el "firulí" como música de fondo. El ritmo acusado del "firulí" y el "firulá" lo acompaña, como si fuera una pequeña batuta, el dedo gordo del pie de Toribio.

-Ahora vemos su cuerpo entero. Tiene el traje del viejo Pantalón de la Comedia del Arte... ¡y está para matarlo!

- "Así no parecéis un personaje", dice el mayordomo. -Es que tú me hablaste del pantalón, pero no del balandrán. ¡A ver otros trajes!" - "¿Queréis el de Comendador de la Orden de Malta?" - "Pero, ¿tú crees que he venido a hacer de Comendador?" - "Entonces... como no queráis el de Gran Maestro de la Garrapata azul..." - "Dame ese animalito."

-Ante la Princesa, vestida de paje y sentada en un canapé, - en su antecámara, se presenta Toribio, disfrazado ya de príncipe, con un uniforme blanco en cuyo peto resalta, en azul, una gran garrapata. En la mano, un sombrero bicornio; al cinto, un espadón; en los pies, unos zapatos con hebillas. Tras él, como satisfecho con su obra, el viejo mayordomo.

-La Princesa aprueba, complacida: - "Os felicito, Zacarías, por la transformación. Era difícil; pero, no cabe duda: parece todo un gran señor."

- "¡Oh, señora! Ofendéis a la percha..." repone Toribio. Y se pasea ridículamente, cojeando todavía un poco y adoptando andares principescos... según él.

-Rosina comienza a aconsejarle. - "Has de hacer en todo lo que te diga; has de conquistar a esa mujer como un tal príncipe..."

-Toribio, que contempla la belleza de Rosina, guiña un ojo y exclama pícaramente: - "... Como un príncipe, que tiene toda ~~esta~~ esta tontería de paje..."

-Casilda, sin poder contenerse: - ¡No seas bruto! Rosina, riendo: - "¡Animal!"

-Toribio, sin inmutarse: - "Bueno: pues... toda esta tontería de paja."

-Sigue, como fondo, la música de las serenatas, a base del "firulí". Por las calles de Sorrentinos, bajo la luna, avanza Toribio con apostura exagerada de gran señor; y, detrás, escoltándolo, Rosina en su calidad de sirviente. Pasan ante algunos enanorados al pie de ventanas o balcones. Llegan a lo alto de una escalinata: desde allí se columbra una placita. Por la placita se pasea, impaciente, Leonello.

- "¡Allí está el capitán! Es preciso que lo alejes de allí; que me deje el cam-

po libre", dice Rosina, recuperando su condición señorial.

-Toribio mira y exclama: -"Pero, si ~~aque~~ aquel es el mirador de Flora."

Rosina: -"Pues, por eso."

-El músico no parece convencido: -"¿Y si no quiere marcharse?" -"Le retas y le citas en la orilla del río." -"¿Y si acepta?" -"¡Os matáis!" Cara indefinible de Clarineti, que comienza a bajar la escalinata, no sin antes advertir: -"¡Cuidad al menos de mis huérfanos!" -"¿Tienes hijos?" -"Cuando los tenga." Y se va, escaleras abajo.

- En la placita, Leonello ve bajar a Toribio sin darle importancia; pero al observar que en el último escalón se queda parado y cruzado de brazos como un Don Tancredo, piensa: -"¿Quién será este figurón?"

-Toribio, sin abandonar su postura: -"No le ha hecho gracia. ¡Cómo me mira!"

- Vuelve a pasear el capitán, molesto, sin perder de vista a Toribio que, en su estática actitud, comienza a temblar. De pronto, Leonello se detiene y dice para sí: -"Debe de ser un rival. ¡Un rivalillo!...Lo espantaré." Se le queda mirando fijamente.

-Toribio: -"Como me conozca, estoy perdido. Mira de reojo al capitán.

-Vemos ahora la cara de Clarineti en primer plano. Al principio, sonriente e impertérrita; luego, va cambiando, desde la confianza al susto: abre y cierra los ~~wyew~~ párpados...y por la frente se le caen gruesas gotas de sudor.

-Leonello, sin dejar de mirarle, avanza cautelosamente hacia él. ^{se halla} Cuando sólo a un metro de distancia, Toribio dá un respingo y, en seguida, un salto y va a parar al extremo opuesto de la placita...

-El capitán saluda entonces: -"¡Caballero!..." Toribio, como quien dice "¡barrera!", repone: -"¡Soy príncipe! ¡Soy príncipe!" Leonello, con expresión de asombro: -"Pero, Vuestra Alteza..." Toribio, recobrando su aplomo y con desparpajo: -"¿Qué hay con mi Alteza?" Y ~~desenvaina~~ desenvaina su espadín, cuya punta apoya en el suelo como si fuera un bastón.

-Leonello, aun desde lejos, le pregunta: -"¿Hais desnudado la espada?" Clarineti, rápido: -"¡Vamos! ¡Si es que hace un calor!..."

-El capitán vuelve a mirarle, receloso: -"¿Me ~~retáis~~ retáis?"

-Toribio, con espontaneidad: -"¡No, hombre! ¡De ningún modo!" Pero ve a Rosina, que desde lo alto de la escalinata le hace señas de que le pegue. Y, cambiando de tono, bien a su pesar, agrega: -"Es decir: ¡sí! ¡Os reto a muerte!"

-Al ver que Leonello pone mano en la empuñadura de su acero, le corta la acción con la mano: -"Pero aquí, no. ¡En el río!" Leonello, extrañado: -"¿En el río?"

-Teribio, con un desplante, y en grandilocuente, para que le oiga Rosina: -"¡EN la orilla del río, nos veremos!"

-Leonello, ya impaciente: -"Pero el río es muy largo..." Teribio, otra vez espontáneo: -"Pues es verdad." Pero reacciona y grita: -"¡Debajo del puente!" Leonello, convencido, repite: -"¡Debajo del puente!" -"¡Ahora mismo!" -"¡Ahora mismo!" -"¡Vamos?" -"¡Vamos!"

-Los dos salen, resueltos, en dirección al río: delante, el capitán; detrás, el músico. Este, en el momento de desaparecer de la vista de la Princesa, -que sigue observándole desde lo alto, - saca un pañuelo y lo agita en señal de despedida.

-La música, que se ha oído últimamente muy lejana, vuelve a percibirse con claridad. Por las calles estrechas de Sorrentinos, llenas de luna y de sombras, avanzan los desafiados sin cambiar palabra. No se hablan; no se miran... Cada uno va por una acera de la calle y "sus pasos se acompañan" con el ritmo de la serenata.

-Rosina ha descendido a la placita. Abre su capa y, acompañándose con una mandolina que traía oculta, canta:

"Hermosa napolitana,
valle florido,
rayo de luna clara:
no sé yo cómo en el fuego
de tus pupilas
no se ha fundido
la nieve de tu cara."

-Vemos durante esta serenata: a Rosina, cantándola; a los dos rivales, que van bajando por una calle; y a Flora, - en un gabinete análogo al saloncito que conocemos, - que viene desde el fondo, atraída por la voz de la Princesa.

-Sigue cantando Rosina: "Niña de mis amores,
que esperas gozar un día
la dicha que da el amor:
amor que siembra de flores
tu fantasía,
da espinas de dolor."

-Al llegar los desafiados a un cruce de calles, Teribio, de pronto, toma por la vía transversal, mientras que Leonello, confiado, sigue derecho, calle abajo, sin darse cuenta de la desaparición de su rival.

-Teribio corre como alma que lleva el diablo, mientras que Rosina termina su

canto:

"Niña de mis amores,
ya sabes lo que es amor."

-Cuando la Princesa dice su último verso,- y con él termina la música,- Flora, en su gabinete, aplica un oído a la vidriera de su balcón.

-En la placita, Rosina cómo se conmueven las puertas de aquel: -"¡Abren! Es ella..."

-Aparece Flora en su balcón, iluminada por el resplandor de la luna: -"¿Vos entonásteis la serenata?"

-Rosina, galante: -"Si os pareció bella, no me lo agradezcáis. Si me os disgustó, disculpad a un paje, que no supo interpretar el entusiasmo de su señor."

- "¿quién os envía?", pregunta, intrigada, Flora.

-¿No conocéis a un príncipe romano que bebe los vientos por vos? Es gentil, es poeta, es músico...Compuso trovas para alcanzar vuestro cariño, para inmortalizar vuestro nombre."

-La cortesana sem interessa: -" Quando me ha visto?" -"¡qué importa cuando!"

- "¿Donde?" - "Lo ignora, mi señora. Pero, desde entonces, suspira, suspira...
¡Es un sentimental!"

-Toribio, corriendo,- pero ya jadeante,- se va aproximando, por las mismas calles que antes recorrió, a la placita. Se detiene; suda... Para enjugarse el sudor de la frente utiliza el vuelo de la capa. Se oye, entre tanto, la voz de Flora, que pregunta: -" ¿Un sentimental?" Y la de Rosina, que responde: -"Un enamorado. ¡Sabéis lo que es un enamorado? ¡Ese es el príncipe!"

Leonello, terminando de bajar la calle y llegando a la orilla del río:—"Bajo aquel puente decís?" Vuelve la cabeza, para dirigirse a Toribio, y advierte entonces su ausencia. —"¿Y el príncipe?" Se detiene, perplejo; y piensa en alto:—"¿Entre caballeros?".. Pero reacciona y reanuda su marcha, repitiendo la frase de Toribio: ~~—¡Nos veremos de nuevo!~~ —"¡Nos veremos de bajo del puente!"

-No debajo del puente, sino en la esquina de la callejuela que desemboca en la placita, está ya Toribio apostado, diciendo por señas a Rosina,- sin que le vea la cortesana,- que ya está a su disposición.

-La Princesa, que le ha visto, le indica que espere; y sigue su diálogo con Flora: -"¡Una entrevista! ¡Sólo una entrevista! ¡No pide más Su Alteza! Yo le antecedo."

- "Bien,- contesta Flora.- Es tan discreto su embajador, que acepto. Venga en buen hora vuestro señor...mañana..." - "¡Mañana?" - "Reparad que ahora..."

-Rosina, hostigada por las prisas de Toribio,- que indica por señas el miedo que tiene a que Leonello vuelva y le zurre,- dice con decepción: - "Mañana ^{que} se han marchitado las rosas hoy ~~dwum~~ decoraban vuestro jardín; mañana se ~~han~~ han evaporado las lágrimas que se asomaron a mis ojos al dedicaros mi canción, mañana...yo no sabré que habrá sido del príncipe..."

-La cortesana, complaciente: - "Venga en buen hora, entonces..." Una sonrisa su rostro, que desaparece tras las vidrieras que se cierran.

-La Princesa dibuja un ceremonioso saludo y, en cuanto comprende que Flora ha desaparecido, corre al lado de Clarineti: - "¡Pronto! No perdamos tiempo. ¿No le mataste?" - "Le he dado esquinazo. Como me coja, el que me mata es él".

-Rosina no le contesta. Ha echado a andar, seguida de Toribio. Van rodeando la fachada de la casa de Flora.

-Continuación de la línea de fachada es la verja, ya conocida, que tiene la puerta en la plaza de la Hostería. Antes de llegar a la puerta, repara Rosina en que, en la carrera, Toribio se ha puesto hecho una verdadera lástima: los pantalones, medio caídos; el casacón, desabrochado; el sombrero, echado para delante...- "Pero, ¿cómo vas?" - "Es que... ¡hay que ver la carrerita!" La Princesa, con energía, recompone el atuendo del músico, que respinga a cada estirón.

-Cuando llegan ante la puerta de la verja, ya les espera una criada de Flora, que les franquea la entrada.

-Esta misma servidora les conduce, por un vestíbulo, al gabinete de la cortesana: - "Mi señora ruega a Vuestra Alteza que aguarde un instante." Y se retira. Toribio pregunta a la Princesa: - "¿Me sienta?" Afirmación mímica de ella. El añade: - "Yo creo que es cosa de esperar sentado." Y, efectivamente, se arrellana en un sillón...

-Sentado, pero no en un sillón, sino en una piedra bajo el puente, está Leonello, pensativo.

-Otra vez la salita. Rosina, de pie, insiste en voz baja: - "¡A ver cómo te portas! Mucho cuidado con todo..." Toribio, suficiente: - "No os preocupéis: sé yo mucho de estas elegancias." Y pone ambos pies sobre una silla que tiene a su alcance. Rosina, al verlo: - "¡Bárbaro! ¿Donde has visto tú semejante

indecencia?" Toribio, retirando los pies: -"¡Ah! Pero esto, ¿no es principesco? Entonces no vale la pena..."

-Por el extremo opuesto de la habitación llega Flora. Se ha retocado y compuesto para recibir dignamente al príncipe. Toribio, a una indicación de Rosina, se levanta...y se coloca el sombrero. Rápidamente, la Princesa se lo quita. Y ambos saludan con una pequeña reverencia a la cortesana cuando ésta llega junto a ellos. Flora corresponde con otra dirigida a Toribio, y entonces éste se dobla materialmente en un grotesco saludo.

-Rosina dice: -"He aquí al príncipe...Vuestro esclavo, vuestro admirador, vuestro enamorado..." Toribio, decidido, a Flora: -"¡qué preciosa sois!" Y, volviéndose a Rosina, le pregunta: -"¿No es eso?"

-Flora, derriéndose: -"¡qué amable, príncipe! Llegad en buen hora y recibid mis respetos."

-Toribio: -"¡Bueno!" Se ensoga de hombros y va a darle la espalda; pero Rosina le retiene y exclama: -"Mi señor soñaba con el instante de veros." Toribio, confiándose: -"¡Y qué sueños! ¡No podéis figuraros qué sueños! ¡Unas pesadillas!..." Rosina, al quite: -"Veía vuestros encantos, vuestras perfecciones."

-Flora se siente halagada: -"¡Ay, muchas gracias! Su Alteza es demasiado amable y no ve mis muchos defectos." Se queda mirando con coquetería a Toribio. Este se derriete; y contesta espontáneamente, con desgarro popular: -"¡Defectos, vos? ¡Embustera!"

-Rosina, alarmadísima, al pícaro: -"¡Cuidado!" Pero Toribio está "lanzado" y añade con toda su franqueza: -"¡Lo digo como lo siento! Si fuésteis fea, ¡tened seguro que os mando inmediatamente al cuerno!"

-Cara de extrañeza de Flora: -"¿Cómo?" Rosina da un pellizco en el brazo a Toribio, diciéndole: -"¡Bruto!" Y, en seguida, a Flora: -"quiso decirnos que, en viendo vuestro semblante y vuestra figura, no acierta a expresar sus sentimientos."

-La cortesana sonríe de nuevo a Clarineti: -"No me extrañan vuestras galanterías, pues sé que tenéis un alma...sentimental..." Toribio: -"Así...regular..."

-Flora, mirando a Rosina tiernamente: -"La trova del paje...es la prueba de ello."

risas, sonrío ~~xxxxxxxx~~ a su vez, forzosamente...y termina por soltar una sonora carcajada.

-Debajo del puente, Leonello pasea, nervioso, como un león enjaulado. Se sigue oyendo la carcajada de Toribio. Leonello se detiene y dice para sí:—"¡De mí no se ríe nadie!" Y, con decisión, toma el camino de la ciudad.

-La carcajada de Toribio es apagada por los sonos del pasodoble del "soldado de Nápoles", que toca y canta la rondalla dirigida por el sargento Lombardi.

-La rondalla se encamina por varias calles de Sorrentinos hacia la placita. Vemos varios aspectos de la rondalla; y, alternando con estos momentos, - pero sin que deje de sonar el canto, - vemos también al capitán "desandando lo andado". Dicen los "orfeonistas":

"Soldado de Nápoles
que vas a la guerra:
mi voz recordándote
cantando te espera.
Cariño del alma ven,
que vas a probar
la dicha de amar,
oyendo los sonos
de mis canciones."

-Otra vez la salita de Flora. Se oye lejana la voz de Lombardi:

"Soldado de Nápoles
me quiso mi suerte.
La gloria romántica
me lleva a la muerte.
No digas tu cántico,
que aviva mi pena..."

-La cortesana mira, curiosa, a Toribio y le pregunta: -"¡Sois toscano?" A lo que Clarineti responde: -"¡Toscanísimo!" -"¡Seréis rico?..." -"¡Por supuesto! Tres millones de liras...¡y un arpa!"

-Rosina, aparte a Toribio: -"¡Serás mostrenco!..." Pero a Flora le ha hecho impresión la cifra y dice: -"¡Tres millones de liras! ¡Qué rico!" Toribio: -"Ay, que me llama rico!" Y, volviéndose a Rosina: -"¿Contesto?"

-En la plaza, ante el mirador de Flora, está formada la rondalla. Y Lombardi termina de cantar su solo:

"Si muero queriéndote,
¡qué muerte más buena!"

-Todos los soldados repiten el tema:

"Soldado de nápoles,
que buscas la gloria:
te espero brindándote
la ansiada victoria."

-Desde lo alto de la escalinata, los contempla, satisfecho, Leonello.

-Sigue sonando el pasodoble: "No mueras, soldado, no.
carifio del alma, ven,
que vas a alcanzar
la dicha de amar,
que es gloria también."

-Durante esta última estrofa y haciendo compatible, - como antes, - la canción con el diálogo, continúa la escena de la salita de Flora. Rosina indica, aparte, a Toribio: -"Dile una flor a sus ojos."

-Toribio, decidido, a Flora: -"Tenéis dos ojos soberbios." Y agrega, para remachar: -"¡Los dos, eh?"

-Flora, en plan de conquista: -"¿Os gustan?" Toribio no se esperaba esta pregunta y se vuelve a Rosina: -"¿Qué digo a esto?" La Princesa, rápidamente, al músico: -"Que sí." Y Toribio, a Flora, rápido también y tal como lo oye: -"¡Que sí!"

-Flora sonríe otra vez, considerándose dueña de la situación: -"Entonces, ¿querríais verlos... a solas?" Mirada indefinible de Toribio a Rosina. Esta, dándose por enterada del deseo de Flora, saluda con una inclinación y se retira de la salita.

-La desaparición de Rosina, que cierra, una tras otra, las dos puertas del salón, ha de coincidir con los dos últimos acordes del pasodoble.

-Leonello baja la escalinata, mirando al balcón de Flora: -"¡Qué extraño que no haya salido!"

-Junto a la verja, - desde la plaza de la Hostería a la placita, - vuelve Rosina. Ve a Leonello: -"¡La suerte me lo envía! Prudencia, Rosina: que no advierta en tu cara tu emoción." Y avanza hasta hallarse ante el capitán, a quien saluda: -"¡Dios os guarde!"

-Leonello contesta al saludo: -"Dios te guarde también a tí. ¿Estás al servicio de la bella Flora?" -"La bella Flora no necesita de mis servicios. Tiene de sobra quien la sirva y quien la agasaje." -"¿Tú sabes si está despierta?" -"Está; pero no para vos."

-El capitán siente herido su amor propio: -"¿Quién es el iluso que la importuna?" -"El que la importuna... o el que la enamora es mi señor." Indignación contenida ~~de~~ de él: -"¿Y quién es tu señor?" -"¿Mi señor? ¡Un príncipe!" -"¿Un príncipe que ronda estos alrededores?" -"que rondaba el palacio, que entonó su endecha y que obtuvo el honor de ser recibido por... la bella Flora."

-En Leonello se refleja la indignación: -"Un príncipe con alma de truhán, que no sabe ser caballero, que es incapaz de sostener una actitud?..."

-En la salita, Toribio, sentado en un sofá, junto a Flora, se está quedando dormido. Flora le sopla en la frente; pero él hace con la mano un movimiento como si se espantara una mosca; vuelve a cerrar los ojos y se acomoda para dormir mejor, reclinando su cabeza en el hombro de la cortesana. Esta no puede reprimir una protesta: -"¡Pero...príncipe!"

-Otra vez la placita. Rosina contesta a Leonello: -"Estáis equivocado, capitán. Mi señor es todo un caballero: valiente con sus rivales, galante con las damas...La bella Flora le había concedido una entrevista y no podía faltar."

-El capitán se excita aún más: -"¡Se verá conmigo cualquiera que fuere!" -"Pero, cómo, capitán?" -"¡Blandiendo esta espada!"

-Rosina ríe: -"¡Qué poco sabéis del amor! Tenéis el ingenio y optáis por la espada. ¡No es negocio!"

-Leonello se interesa: -"¿El ingenio? ¿Dónde está el ingenio?"

-Rosina con picardía: -"El ingenio... puede llamar venganza."

-Leonello, que se ha quedado pensativo: -"¿Tú eres ambicioso? Cuenta con quinientos florines y dame un poco de ese ingenio de que alardeas." Ella: -"Por treinta dineros vendió a Cristo Judas. Quinientos florines son mucho más." El: -"¿De acuerdo? Pues dime, que me devora la impaciencia."

-Rosina, misteriosamente: -"Si hay un príncipe que os quita la dama; si ese príncipe tiene por esposa la mujer más...más..." Duda un poco.

-El capitán, intrigado: -"¿Más qué?" Ella sigue: -"Más digna de ser tiernamente amada...fácil será para un gallardo capitán como vos, ir a su palacio...e intentar la más fina venganza napolitana."

-Leonello: -"¿A su palacio?" -"Al palacio Marinelli." -"Pero, ¿sus puertas se abrirán para mí?" -"No olvidéis que quinientos florines son quinientas llaves..."

-En el rostro del capitán se dibuja un gesto de satisfacción: -"¡Por Dios que me encanta! ¿Cuándo?" -"¡A las diez! Yo cuidaré de que se logre vuestra aventura, como por arte de magia..."

-Leonello, un poco receloso: -"¿No me engañas, paje?" Rosina, con intención:

- "Poned vivo fuego; poned verdadero amor...y yo, de seguro, pondré lo demás."

-Leonello: -"Alas diez estaré frente al palacio. Juraré a tu señora cariño

eterno; recitaré las más lindas frases de mi repertorio y (VOLVIENDOSE HACIA

EL MIRADOR DE LA CORTESANA), me vengaré, ingrata Flora y príncipe ruin, de vuestra inícuca ~~xxx~~ hazaña."

-Comienza Leonello a subir la escalinata. Al mediarla, se vuelve para añadir a Rosina: -"Me dejo en tus manos mi suerte." Y se va, decidido.

-Rosina, viéndole marchar: -"¡Qué poco sabéis del amor!"

-En la salita, Flora y Toribio siguen en el sofá. El músico acaba de despertarse y se despereza aparatosamente. Flora le reconviene: ~~XXXXXXXX~~ -"¡Príncipe, por favor! Que estéis en mi casa."

-Toribio, aun medio dormido: -"Valeriana, quítate de mi vista, que te doy un puñetazo!" -"Pero... ¡príncipe! ¿Qué decís?"

-Clarineti abre los ojos y comienza a darse cuenta de la realidad: -"¡Ah! ¿No era mi mujer? Perdonad..." Bosteza, abriendo la boca un palmo.

-Flora, abanicándole: -"¡Pobre princesa!... ¿Se llama Valeriana?" -"No. Esa es mi mujer." -"Pues... eso: ¡la princesa!"

-Toribio, ya despejado, advierte su coladura: -"¡Claro! ¡La princesa! La princesa se llama Valeriana."

-Flora, que se había puesto de pie al desperezarse Toribio, vuelve a sentarse junto a él: -"Y vos... ¿la pegáis?" -"¡Hombre! Según se tercia."

-Flora se queda mirándole fijamente, como queriéndole envolver con la mirada: -"¿Y con todas las mujeres hacéis lo mismo?"

-Toribio: -"A mí no me miréis de esa manera, que no respondo."

-Pero la cortesana se ha puesto lánguida: -"¡Ay, príncipe! ¡Qué desgraciada ~~xxx~~ soy!" Toribio, dándole con familiaridad un manotazo en el hombro: -"¿Vos? ¡Guasona!"

-Ella, extrañada, con un leve tono ~~xxxx~~ de reconvención: -"¡Alteza!... Yo sé que guardábais para mí algo piadoso con que aliviarme; algo bonito que decirme..." Ahora Toribio dá con sus dedos extendidos un golpe, - a manera de puntazo, - en el estómago de la cortesana: -"¿Yo? ¡Ilusionista!" Flora, más asombrada aún, se pone de pie: -"¡Príncipe! no era eso lo tratado." Toribio, que sigue sentado en el sofá: -"Tenéis razón. Lo tratado era... que vuestra cara me trastorna, que vuestra voz me enloquece, que vuestro cuerpo me disloca..." Se levanta decidido y abraza, por sorpresa, a Flora: -"¡Así!"

-La cortesana le rechaza, ofendida: -"¿Cómo se entiende? ¿Vos?..."

-Toribio, espontáneamente a modo de descubrimiento: -"¡Ah! Pero los príncipes,

no abrazan?" -"¡Abrazan, pero de otra manera... en su momento..."

-Durante unos segundos, se ha quedado el músico indeciso; pero el abrazo le ha gustado y reacciona como lo que es: -"Pues yo siempre he abrazado a las princesas... ¡así!" Y vuelve a estrechar entre sus brazos a Flora.

-La cual, ya asustada, huye de él, poniendo por delante las sillas y cuantos muebles encuentra a mano: -"¡Insolente!" -"¡Guapísima!" -"¡Qué horror!" -"¡Riquísima!" Flora escapa por la salita y otras habitaciones perseguida por Toribio.

-En primer término, la verja del jardín de Flora. Al través de los hierros de la verja se ve a Clarineti, conducido por dos criados de la cortesana. Llegan a la puerta. La abren. Y uno de los servidores dá un puntapié a Toribio y lo pone en la plaza. Luego, del otro lado de la verja, los dos criados dicen a unis, con ironía, acompañándose de una marcada reverencia: -"¡A las órdenes de Vuestra Alteza!"

-Toribio queda en la plaza, frente a la Hostería, rascándose el muslo dolorido. Desde la placita, llega Rosina: -"¿Qué? ¿Cómo has quedado?" -"¡Hombre! Yo creo que no lo he hecho del todo mal!" -"Pues ahora, a casa; ¡en seguida!"

-En la antecámara de Rosina, se halla ésta ante su espejo, dando los últimos toques a su nuevo tocado femenino. A su lado, Casilda mantiene en sus brazos las ropas de paje que su señora acaba de quitarse: -"El pajecito se podrá retirar ya a su armario..." Rosina sonríe: -"Ahora menos, provisionalmente."

-Se retira Casilda. Rosina se dirige a un reclinatorio que hay ante un altar-cito, en la misma antecámara, y se arrodilla devotamente.

-Un dormitorio de la servidumbre del palacio marinelli. Toribio, a medio desnudar, sentado en la cama, pregunta al mayordomo: -"¿Y hasta cuando durará mi encierro?" -"Hasta que lo ~~may~~ disponga Su Alteza. ¿Puedes quejarte de algo?" -"¡Hombre!.. Como quejarme..." Y se lleva la mano al muslo aun dolorido.

-Sigue hablando el mayordomo: -"¿No has bebido?" Toribio afirma: -"¡Como un príncipe!" -"¿No has comido?" -"¡Como un bárbaro!" -"¡Pues, entonces.../Ya saldrás otra vez de príncipe; pero ahora es precisa mucha discreción, y tú..."

-Toribio se encoge de hombros y, tal como está, se tumba en la cama.

-El mayordomo sale. Consulta su reloj.

-El reloj, en la mano del mayordomo: son las diez menos un minuto.

-El mayordomo baja una escalera.

-Se le ve ahora en el gran portalón que ya conocemos, atisbando al través de

-Como si nuestros ojos fueran los del mayordomo, vemos en la acera de enfrente al capitán Leonello, vistiendo elegante traje de caballero, con capa y sombrero de media copa. Pasea reposadamente y mira hacia el palacio.

-El mayordomo abre el postigo del portalón. Leonello acude inmediatamente. El mayordomo le saluda, le impone con el índice derecho un necesario silencio, y le indica que le siga.

-Llegan al pie de una escalera de piedra. En el rellano superior está Casilda, que corre en seguida por la galería de cristales ya conocida, - llena de claridad de luna, - hasta entrar en un precioso gabinete, alumbrado por grandes candelabros, endonde se encuentra ya Rosina, sentada en un sillón y con un libro entre las manos.

- "¡Ya?", pregunta Rosina. Y la vieja repone: - "Sube con Zacarías." - "Pues ya lo sabes: ¡a ver cómo representáis la farsa!" Casilda, con su antigua sinceridad: - "¡que me vea yo en estos trotes...!"

-Penetran en la estancia el mayordomo y, detrás, Leonello, descubierto. Rosina, en su sillón, se finge dormida, manteniendo el libro en una mano.

-Zacarías, señalando a Rosina: - "He aquí la Princesa."

-Casilda simula horrorizarse al ver al capitán: - "Pero, ¿qué es esto, señor Zacarías? ¿A quién introducís cerca de Su Alteza, a estas horas y sin previo consentimiento?"

-El mayordomo se finge también sorprendido: - "A mí me ordenó Silvino el paje. Creí que eran órdenes del señor."

- "¿Cómo del señor, si esta es la hora en que no sabemos de él? Lleváos, lleváos en buen hora a este caballero, que entró por malas artes y sorprende a mi señora dormida."

-Leonello avanza, vivamente impresionado: - "¿Vuestra señora? Permitidme, al menos, contemplarla." Se acerca respetuoso a la Princesa.

-Primer plano de la cara de Rosina, dormida y sonriente. Cuando se supone que Leonello la mira, deja escapar de su pecho un leve suspiro.

Leonello comenta: - "¡Hermosa, en verdad! Irresistiblemente hermosa."

-El libro, en la mano de Rosina, sufre una leve conmoción por el efecto que las anteriores frases han producido en su dueña.

-Casilda, con impaciencia (SIEMPRE FINGIDA): - "Marchaos, caballero. Mi señora no puede permanecer dormida, ¡y mucho menos despierta!, ante el primer adve-

nedizo que se entra por esas paredes..."

-Leonello, con dignidad: -"Sin embargo, el paje..." Casilda: -"¡Oh! ¡Silvino!... Ese es capaz de vendernos a todos... ¡Habéis oído, señor Zacarías? A buen seguro que le ablandaron unas cuantas miserables monedas... ¡Marchaos, por compasión, ~~minuapitán~~ caballero!"

-Pero Leonello no está dispuesto a irse: -"Por caridad os digo que me dejéis contemplar unos segundos a vuestra señora."

-Casilda, ladinamente: -"Pero, nosotros..." El capitán atrae hacia el extremo opuesto de la estancia a los viejos servidores y, en tono confidencial, les dice: -"Vosotros tendréis piedad de un enamorado, guardando estos florines." Y pone en las manos de ella una bolsa con monedas.

-En su sillón, Rosina abre un ojo; luego, el otro. Observa riendo la escena y, cuando cree que va a volverse Leonello, recobra, rápida y graciosamente, su posición de dama dormida.

-Casilda toma la bolsa, hace sonar ^{las} monedas y exclama: -"Si como enamorado habláis!... Pero... ¡cinco minutos nada más! Y cuidando de no despertarla." Leonello, feliz: -"Cinco minutos, que me parecerán cinco segundos en la gloria."

-El capitán se separa de Casilda y de Zacarías y queda frente a la Princesa, contemplándola embelesado.

-Zacarías, obedeciendo a una seña de Casilda, se dirige a una de las puertas del gabinete y queda observando detrás de la cortina. Casilda, de puntillas, va a la otra puerta, - dando frente a la anterior, - y permanece también observando, protegida por el cortinaje.

-El rostro de Leonello, mirando a la Princesa. Sus labios dicen: -"Verla dormir es soñar y aprender a sentir..."

-El rostro de la Princesa, sintiendo la mirada de Leonello. Se oye la voz de éste, que exclama: -"¡Oh, mujer! Bella flor... ¡quién supiera lo que sueñas tú tú!..."

-Sobre el rostro de Rosina se proyecta la sombra de la cabeza de Leonello, que avanza....

-Vemos ahora ambas caras. Leonello siente un irresistible deseo de besar a la bella durmiente. Va acercando su rostro al de Rosina.

-Se estremece la cortina de la derecha; se estremece la cortina de la izquierda; ¡se estremece el libro en la mano de la Princesita!

indigno de un capitán!" Da un paso atrás. -"¡No puedo mancillar esta casa!"

-Detrás de su cortina, Casilda sopla y resopla, después del susto pasado.

-Detrás de la suya, Zacarías sonríe, filosófico y comprensivo.

-Después de un momento de vacilación, Leonello decide marcharse y se dirige a la puerta del extremo opuesto a donde se halla, o sea la de Casilda.

-Rosina, cuando el capitán ha cruzado ante ella, dice para sí: -"¡Ay! ¡que se va!..." Y arroja inmediatamente al suelo el libro, que hace ruido al caer.

-Leonello, al oír el ruido, - cuando ya casi tocaba la cortina, - se vuelve:

-"*¡Eh?*" Detrás de la cortina, Casilda ha caído al suelo, quedándose sentada.

-Entonces Rosina finge despertar: -"*¡Quién? ¿Un hombre?*" Y, reflejando un susto que está muy lejos de sentir, se levanta rápidamente, pero dando la cara a Leonello.

-Este se inclina ~~respetuosamente~~ respetuoso y dice: -"Señora mía: perdón os pido."

-Casilda, medio arrodillada, observa, oye y comenta: -"*¡Perdón os pido!... ¡Siempre la misma muletilla con todas!*"

-Rosina, con indignación marcada: -"*¿Dónde váis?*" El, irresoluto: -"Yo os diré... Disculpadme." Ella: -"*¿Por donde penetrásteis aquí?*"

-Leonello: -"No soy un aventurero, ni un foragido. ¡Castigadme si os ofendí!"

-Rosina: -"Sois un audaz, que en vano espera lograr mi perdón."

-Leonello se arrepiente de lo hecho y, con sinceridad, repone: -"El capitán Leonello sólo ha podido pecar de amor."

-Ha llegado el momento deseado por la Princesita. Finge ahora sorpresa: -"*¡Ah! ¡El capitán Leonello!... Conozco su fama, sus aventuras, sus pasiones...*" El capitán se disculpa: -"*¡Mi fama os dirá que soy un loco; mi fama mentirá muchas cosas. Pero yo soy un hombre que...*"

-Ella le interrumpe: -"Un hombre que colecciona corazones de pobres mujeres."

El: -"No, Princesa; soy un hombre sinceramente apasionado, que ante una mujer..."

-Pero Rosina, con intención y coquetería, vuelve a completarle la frase: -"Ante una mujer, os acordáis de vuestro eterno estribillo." Y Rosina, ante Leonello, confuso y azorado, canta:

Mujer,
primorosa clavellina,
que brindas el amor:
yo soy caminante que al pasar
aparta las hojas de la flor,
y sigue adelante
sin recordar tu amor."

-Mientras que suena el estribillo en boca de la Princesa, se ve a Rosina cantándolo, a Leonello intentando inútilmente disuadirla de que lo cante...y a Casilda, tras de la cortina, haciendo con la cabeza pronunciados movimientos de afirmación.

-“¡No, Princesa!”,-clama Leonello.-“Esa es la cancioncilla del amor fácil;pero no del cariño sincero que permanece oculto y, de pronto, despierta y avasalla.”

-Rosina, satisfecha en el fondo, recarga su coquetería: -“¡Lo dudo! No puedo olvidar lo pasado.” Leonello: -“Yo os juro...” Ella: -“Es inútil...” -“¡Os lo juro por mi fe de soldado. Pedid a mi espada un heroísmo, pedid a mi amor un sacrificio.”

-Rosina: -“Os pido el sacrificio de aprender a sufrir.” -“Sufriré cuanto dispongáis. Pero...¿y después?”

-Ahora adquiere el rostro de Rosina una sincera gravedad: -“Después...si esto de hoy no fué capricho de un momento; si el tiempo, al pasar, no consigue que arranquéis también las hojas de esta flor...”

-El, pendiente de los labios de ella, se acerca a Rosina esperanzado: -“Entonces...¿qué?” Ella: -“Acaso entonces...” El se aproxima más a ella. Ella se mira, recreándose, en los ojos de él. Pero Rosina, que da la espalda en este momento a la cortina que oculta a Casilda, agita ahora su pañuelo de encaje con una de las manos que ha enlazado detrás de sí.

-Al ver esta señal, Casilda, que atisba como siempre desde su escondite, entra en el gabinetito presurosa, interrumpiendo la escena: -“¡Señora! ¡Ay, mi señora!” La voz ~~de~~ de la vieja servidora refleja alarma, susto.

-Rápidamente, los dos enamorados se separan. E -“¿qué ocurre, Casilda?”, pregunta ella. -“¡El príncipe acaba de llegar! ¡El príncipe viene!”

-Jamás Rosina demostró un terror tan grande como el que finge ahora, llevándose las manos al rostro: -“¡¡Ah!!”

-Leonello, respondiendo a su natural impulso, echa mano al acero...que no lleva: -“¡Y estoy sin espada!”

-Rosina, reconviniéndole: -“Pero, ¿qué pensáis, insensato?” E, inmediatamente, grita: -“¡Zacarías!”

-El mayordomo, también prevenido, se presenta en el acto. Y a él le ordena Rosina: -“Salid al encuentro del príncipe; procurad que no vea al señor capi-

tán. ¡Buena me la armásteis, Zacarías!" El mayordomo desaparece.

-Rosina vuélvese a Leonello: -"Ahora, que os conduzca Casilda...y que no tengamos que lamentar vuestra imprudencia..."

-Leonello: -"Obedezco. Pero, ¿os verá mañana?" Rosina, sonriendo: -"Nos veremos." -"¿Aquí?" Ella, todavía con fingido susto: -"¡Aquí, no! ¡Bueno fuera! en...el mirador."

-Leonello se acerca a Rosina y le besa respetuosamente la mano: -"Hasta mañana."

-El capitán se va del gabinete, precedido por Casilda. Ella le ve marchar enamorada; más aún: radiante de satisfacción: -"¡Ya es mío!" Y corre hasta el balcón de la estancia, que abre de par en par, asomándose.

-Desde el balcón se ve la calle solitaria.

-En el portal,- alumbrados por un candelabro,- Casilda despide a Leonello, que se emboza en su capa. En cuanto él sale, ella cierra el portón con llave y echa cerrojos.

-En la calle, Leonello comienza en seguida a andar. Cuando ha dado dos o tres pasos, llega a sus oídos "La canción del olvido", que otras veces oyó en la plaza de la Hostería. Detiénese en seco y mira a un lado y otro.

-En el gabinete, ante el balcón ~~abierta~~ abierto, Rosina,- como en la Hostería,- canta:

Marinela, Marinela,
con su triste cantinela,
se consuela
de un olvido
maldecido.
Mari, Marinela...
Campesina, campesina,
como errante golondrina,
cantarina,
vas en busca del amor.
¡Pobre golondrina,
que al azar camina!...

-Apenas ha oído algo de la canción, comprende de donde sale y lo que significa: -"¡Princesa! ¡Princesa!,- dice.- Ya sé lo que es el amor; ¡ya sé quién eres!" Va al portón; intenta abrirlo, aunque inutilmente: -"¡Princesa! ¡Princesa!..."

-La canción no termina porque Rosina, una vez logrado su efecto, cierra cuidadosamente el balcón,- que está encima del portal,- y, poco a poco, va enmudeciendo.

-Corre luego Rosina al encuentro de Casilda, que vuelve alborozada. Ambas se abrazan. Y suspenden, curiosas, un momento su abrazo para oír,- como en la

lejanía,- la repetida exclamación de Leonello: -"¡Princesa! ¡Princesa!..."

-El mismo grito de "¡Princesa! ¡Princesa!" suena más fuerte, pronunciado por otra voz. Lo lanza Toribio en su modesta cama, dormido, abrazando a una almohada. Y, en su pesadilla, repite la frase que dijo ante Flora: -"Yo siempre he abrazado a las princesas... ¡así!"

-El rostro de Clarineti se ve perfectamente porque lo ilumina el ^{resplandor} ~~resplandor~~ de la luna que entra por la ventana. La luz de la luna se transforma en la vivísima del sol, que dá de lleno en la cara del pícaro...y también en el rostro de Rosina, que en su cama,- junto a la antecámara,- despierta: -"¡Que feliz soy!"

-"*¡Soy un desgraciado!*", dice Leonello,- otra vez con uniforme de capitán,- sentado, con Pietro y otros oficiales, en unas mecedoras, en el claustro ya conocido de su cuartel. Pietro: -"*¡Desgraciado, tú?*" Afirmación de Leonello.

-"*No te conozco, chico,*" añade piro. -"*Estoy enamorado de una mujer casada.*" -"*Ya. De la Princesita. Va para tres semanas. Y eso te preocupa? Eso es inconveniente para tí?*" Todos ríen. El tono seco de Leonello corta las risas: -"*¡Estoy enamorado de una mujer honrada!*"

-"*Perdona,- dice, a modo de disculpa, Pietro.- Pero, tu lema...*" -"*Mi lema eran...palabras.*" Pietro, interesado: -"*Cuenta, cuenta, Leonello.*"

-Lo que ~~en~~ refiere a continuación el capitán va sucediendo en la pantalla. Dice Leonello ante sus compañeros: -"*La veo por las noches; todas las noches. Yo llego ante su mirador y espero a que salga, lo mismo que espera un colegial.*" (En efecto, ante un mirador bajo del palacio Marinelli, pasea Leonello, vestido de caballero. Es decir: que han de alternarse ante la vista del espectador el capitán que relata y el caballero que interpreta lo relatado).

-Sigue el capitán: -"*¡Con qué emoción veo que se entreabren las puertas de lo que es para mí la gloria! ¡Con qué alegría recibo sus primeras palabras de enamorada!*" -"*¡Leonello! ¡Mi Leonello!*"

-Al reproducirse el anterior momento en la pantalla, después de las palabras que acaba de pronunciar el capitán se vuelven a oír, pronunciadas por Rosina, las mismas expresiones, como un eco: -"*¡Leonello! ¡Leonello!...*"

-Sigue el relato del capitán en el cuartel: -"*Pero es en vano que yo intente luego, una y otra noche, convencerla de que nuestro amor exige romper los lazos que la esclavizan. Ella se escuda en sus deberes, se acoge a su honradez*

y con voz triste, que me enloquece y me destroza, sin cesar me suplica: -"Espera... Espera..."

-Como antes, en la escena del mirador, Rosina dice melancólicamente: -"Espera, espera..."

-Y yo, - sigue explicando el capitán, - muestro mi desesperación y mi apasionamiento unas veces; mi decepción y mi amargura otras... (Todo ello va ocurriendo mímicamente en la pantalla). Y, aunque ella intenta consolarme, y aunque a veces acaso lo consiga, yo termino siempre por marcharme de allí, convencido de que este amor sin esperanza va a acabar para los dos de una manera trágica."

-En la pantalla se ha visto, al final del breve parlamento, al caballero Leonello abandonar el mirador con gesto sombrío y preocupado, mientras que Rosina, antes de cerrar las vidrieras, le ve marchar con rostro sonriente y pícaro de mujer que está venciendo. Y, en una ocasión en que se supone que Leonello, desde lejos, se ha vuelto para decirle un melancólico "adiós", ella hace una rápida transición, poniendo cara de circunstancias y "diciéndole" con el pañuelo otro "adiós" lánguido, sin perjuicio de volver a su rostro pleno de satisfacción cuando supone que él ha marchado definitivamente. Entonces, Rosina, en el momento de cerrar las vidrieras, repite sus anteriores palabras, pero con expresión de triunfo: -"¡Mi Leonello!"

-En el cuartel, el capitán y sus compañeros se han puesto de pie. Pietro compece a Leonello: -"Chico: ¡no sigas! ¡Estás loco!" -"Ya os lo digo: ¡de amor sin esperanza! Y la amo más por ser tan pura e inocente, tan noble y bondadosa. ¡No la querría tanto no siendo tan honrada!..."

-Pietro, despidiéndose de su amigo: -"Entonces, un consejo: ¡olvidala!" Leonello, rechazando la idea por imposible: -"¡Olvidarla..." -"Pues... aguarda a que enveje. El príncipe no es joven; se fatiga, se congestiona... Un aire... Un tabardillo..." Leonello, asaltado por ~~una~~ sombría reflexión: -"Y ¿por qué no una espada?"

-El sargento Lombardi llega ante los oficiales, se cuadra y les entrega unos sobres: -"Estas invitaciones, para los señores jefes y oficiales del Regimiento. Me las acaba de entregar el cabo de guardia." -"¿Cómo?" Pietro abre la suya y lee. Es un tarjetón, en el que, debajo de una corona nobiliaria hay unas líneas que dicen: "LOS PRINCIPES AQUILES FERRATA TIENEN EL HONOR DE IN-

DOMINGO 7 DE MAYO, A LAS SEIS DE LA TARDE, EN OBSEQUIO DE SUS AMIGOS DE SORRENTINOS."

-La fiesta en en los jardines del palacio. En una explanada, unos columpios voladores. En uno de ellos, "haciendo diabluras", Toribio con su traje de príncipe. En el mismo columpio que él, una muchacha invitada, que da gritos alegres...de miedo; pero Toribio la sujeta,- y la abraza,- para tranquilizarla.

-Grupos de invitados, que miran los columpios.

-En una plazoleta, de estatuas, sentados en bancos y sillones,- a manera de corro,- otros invitados, ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~ se halla Rosina.

-Más invitados, que llegan por una alameda desde la puerta de entrada. En esta puerta, altos criados, que recogen, al pasar los invitados, los tarjetones.

-Flora, con su dueña, llega a la puerta de entrada. Viste traje muy lujoso. Va a pasar. Uno de los criados le pregunta: -"¿La invitación, señora?" -"¡Ah! No tengo...No sé... La dejé en casa..." -"Pues...sin invitación, lo siento mucho..."

-Embarazosa situación de Flora. Mira a un lado y otro, mientras que pasan nuevos invitados.

-Llegan presurosos Leonello, Pietro y otros oficiales de la Guardia, con sus uniformes de gala. Entregan sus tarjetones y pasan. Flora duda un momento; pero puede más en ella el deseo de amor de entrar en la fiesta que su amor propio de mujer olvidada...y exclama en alta voz: -"¡Capitán!"

-Vuelven a un tiempo la cabeza los tres oficiales, puesto que los tres son capitanes; uno de ellos, Leonello. Este avanza hasta la cortesana: -"Señora...! Ella le mira fijamente y le pregunta: -"¿No me recordáis?" El, poniendo intención en lo que dice: -"No recuerdo haberos visto en mi vida." Flora se muerde los labios e insiste: "Entonces...no podré pedirlos un favor...quiero entrar." Leonello se inclina ante ella, le ofrece el brazo caballerescamente y, dirigiéndose al criado, exclama: -"Es mi esposa."

-El criado sonríe y se inclina. La pareja pasa. La servidora de Flora se aleja sin entrar. Y los amigos de Leonello contemplan curiosos la escena.

-Cuando han dado una docena de pasos, ya dentro del jardín, Leonello se detiene, saluda con una reverencia a Flora, besa su mano y dice: -"Habéis quedado complacida."

-Leonello se vuelve en busca de sus compañeros, que le esperan, y Flora avanza

za por la Alameda, confundida entre los invitados.

-Otra vez los columpios. El de Toribio se ha detenido y de él desciende la muchacha que le acompañaba.

-Clarineti va a descender también; pero mira, de pronto, hacia un lado; y algo debe de ver que le ~~alarma~~ alarma, porque se vuelve presuroso al columpio, tira de la cuerda y hace grandes esfuerzos por adquirir velocidad.

-Entre los invitados que se acercan a los columpios, se encuentra ahora la cortesana, que le mira con gesto de amenaza.

-Toribio pasa ante sus ojos, en su barquilla, rápido como el rayo.

-En la plazoleta, Rosina se ha puesto de pie. Sus invitados la imitan. -"Señores,- dice ella,- va a empezar en el lago la regata." Y, dirigiéndose al mayordomo, que se haya prevenido, añade: -"Avisad a Su Alteza el Príncipe."

-Como Flora se aleja, despreciativa, de los columpios, Toribio cede en sus vaivenes. Ante su vista aparece el mayordomo: -"Señor: Su Alteza la Princesa os previene para que acudáis a presidir la regata."

-Toribio, satisfecho: -"Encantado. ¡Con lo que a mí me ha gustado siempre regatear!"...Los invitados se alejan hacia el lago. Toribio se dispone a bajar del columpio, a pesar de que éste aún se balancea. Pero... ¡ahora sí que reflejan pánico sus ojos! Acaba de ver a Leonello, que se acerca con Pietro. La cara del capitán es de muy pocos amigos. -"He aquí, - dice Leonello, - al culpable de toda mi desgracia."

-Toribio lo olvida todo. Tórnase rápido al columpio, en el que ve su única tabla de salvación y le dá el mayor impulso posible. Leonelle colócase al pie del columpio en actitud de esperar.

-Toribio, en el columpio, comienza a sudar; pero no cesa en sus esfuerzos.

-Leonello se cruza de brazos, esperando. El mayordomo, cruzado de brazos, espera también.

-En el embarcadero del lago, los invitados, con la Princesa, esperan igualmente.

-El salón del emparcadero, adornado con gallardetes, está lleno de distinguida concurrencia. En un extremo del salón, una orquesta de instrumentos clásicos ~~www~~ ameniza la fiesta. Su música, más o menos lejana, servirá de fondo hasta el término de la película.

- En la plazoleta, Leonello intenta detener el columpio; pero está a punto de

-El mayordomo va en busca de la Princesa y habla con ella reservadamente.

-Leonello forcejea con Pietro, que intenta disuadirle de que se lance otra vez al columpio. Cara de terror en Toribio. Leonello: "¡Déjame!" - "¡No!"

- "¡Terminemos de una vez!" - "¡No!"

-De pronto, una voz de mujer: - "¡Capitán!" Allá, en la alameda que conduce a la explanada, Rosina sonríe.

-El capitán acude a ella, presuroso. Y Pietro acude, mientras tanto, a Toribio, ayudándole a descender del columpio. - "¿Qué os ocurren, Príncipe, con el capitán?" - "A mí? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Es un admirador de mis acrobacias. ¿Habéis visto las diabluras que hago?"

-Rosina, a Leonello, en cuanto él llega a su proximidad: - "Sois un niño. Tenéis que templar vuestros nervios... y no comprometerme." Leonello, en tono de disculpa: - "Princesa..."

-Desde lejos, la Princesita hace señas a Toribio para que se acerque. El músico se hace el distraído. Pietro le llama la atención: - "¿No véis? Vuestra esposa os llama." - "¡Ah! ¿Me llama?" Y agrega para sí: - "Me llama de seguro alguna cosa fea."

-Toribio con Pietro llega junto a la pareja, no sin cierto recelo por parte del pícaro y no sin cierto resentimiento por parte del capitán.

- "¡Venid, Príncipe!", exclama ella. Y añade: - "quiero presentaros al capitán Leonello Piemontesi, de quien tanto os he hablado. ¡Ya sabéis quién es!" Toribio, como diciendo "no conozco otra cosa": - "¡Pufff!" Rosina pregunta a Leonello: - "¿Amigos?" El capitán: - "¡Amigos!" Ambos se dan la mano, sonrientes. Leonello, por lo visto, aprieta; porque a Toribio se le escapa un pequeño grito de dolor.

- "Ahora, - agrega Rosina, - vamos a presidir la regata. ¿Príncipe? El brazo..."

-Toribio no entiende: - "¿El brazo?" - "¡Naturalmente! ¡Para conducirme al lago!" - "¡Ah! Perdonad..." Y Toribio, torpe y grotesco, ofrece a Rosina su brazo izquierdo: - "¡El brazo!"

-Rosina, aparte a Clarineti: - "¡Imbécil! ¡El otro!" Toribio: - "¡Ah! ¿El otro? Me da lo mismo." Gira sobre sus talones y le ofrece el derecho.

-La Princesa sonríe; y, del brazo de Toribio, - que vuelve a pavonearse en su papel de príncipe consorte, - pasa ante Leonello y Pietro, que, a modo de es-

colta, siguen al supuesto matrimonio.

-Han llegado al embarcadero del lago, endonde los invitados les reciben, además de con músicas, con vítores.

-Se iza en el embarcadero una bandera, en señal de partida de las embarcaciones. Diversos momentos de éstas,- que pueden ser bellas góndolas,- surcando las aguas. Rosina y Toribio presencian desde una pequeña tribuna la regata. -Comentarios de los circunstantes. Gestos y aspavientos exagerados de Toribio que ahora vuelve a estar en sus glorias.

-Leonello, ~~apartado~~ apartado del bullicio, pasea meditabundo, detrás de los grupos de gentes.

-Rosina no quita ojo del capitán. Está pendiente de sus movimientos, más que de las incidencias de la regata. -"Mira,- le dice a Toribio, que está a su izquierda,- es preciso terminar de una vez." Y esta frase,- "terminar de una vez",- la dice con la misma expresión que le ha dado hace unos segundos Leonello. Y añade Rosina, cambiando de tono: -"¿No te dá lástima?" Pero Toribio está ausente de las preocupaciones de la Princesa, y se limita a contestar: -"¿Quién?" -"¿El capitán, bruto! Vé a buscarle y dile que tienes mucho gusto en que nos acompañe en la tribuna." -"¡Ah! Pues, si no es más que eso..." Y, muy decidido, va en busca de Leonello.

-Este le ve venir. Su cara se transforma: -"¡Oh! ¡La suerte me lo envía!"

-Toribio llega familiarmente hasta el capitán: -"¿Qué tal? ¿Cómo estáis?" Leonello, ceñudo, le responde: -"Estoy de pie."

-Toribio, echándole a broma: -"¡qué gracioso! ¡Miren qué bromista!" Le mira riendo y, al ver su gesto de pocos amigos, se queda de pronto serio y dice para sí: -"¡Ay! Me parece que este tiene pocas ganas de bromas..."

-Leonello, decidiéndose: -"¡Príncipe! Aquí estamos solos. ¡Los dos solos!.."

-Toribio: -"Pues...por eso venía: acompañadnos a la tribuna. ¡Está divertidísima!"

-El capitán niega con la cabeza: -"No es eso. Necesitamos la soledad." -"¡Ah! ¿Que la necesitáis? Pues os dejo..." Inicia, ya escamado, una retirada. Pero Leonello le ordena: -"¡Quieto!" Lo mismo que un muñeco, queda Toribio inmóvil. Leonello sigue: -"No os marcháis, porque tenemos que decidir un asunto grave." -"¿Grave? Os advierto que para eso no he venido aquí. Andad y dejáos de tristezas, hombre. Vamos a la tribuna y...."

-Pero Leonello se indigna y le corta la retirada: -"¡Pensad que no os tolero

más burlas!" Terrible se asusta y mira, como en demanda de consejo, al sitio
 donde sigue Rosina. Pero ésta quien, desde lejos, no pierde detalle, se ha-
 ce la desentendida.

-El capitán acerca su rostro al de Clarineti y le dice en voz baja y reconcentrada: -"Sabed que amo a la Princesa. ¡A vuestra esposa!" Toribio no muestra el menor asombro: -"Ya, ya..." Pero se acuerda del papel que representa y entonces dá una patada en el suelo y dice con acento melodramático: -"¿Y me lo decís?... ¡Qué escucho!"

Leonello, exaltado y retador: -"Por su amor llegaré donde sea: al escándalo, a la lucha, ¡a la muerte!"

-Clarineti pretende aún derivar el asunto a broma: -"¡Capitán! No os suicidéis por tan poco." -"No me entendéis." -"No. (APARTE) Ni quiero." -"Vos sois su marido; yo, su amante. Uno de los dos estorba: ¡uno sólo quedará!" ~~EE~~-"Y qué queréis? ¿que me vaya?"

-Inicia Toribio una nueva retirada; pero ve, allá en la tribuna, a Rosina que le mira,- como en la noche de las serenatas,- y le indica por señas que pegue al capitán. -"¡Tanhién es capricho de esta señora!", dice el músico para sí. Y, volviéndose arrogante,-sacando fuerzas de flaqueza,- espeta a Leonello: -"¡Pues no me voy!"

-Eso es lo que ansía el capitán: -"¡Bien está!" Terrible sigue: -"Mi mujer es mía. ¡Dios me la otorga!" -"¡Y yo os la quito!" En efecto, Leonello desenvaina su acero y dice: -"¡Con mi espada! Tomad la vuestra."

-Toribio, mirando alternativamente a la lejana Rosina y al cercano Leonello, insiste: -"Ya, ya...(APARTE) Dentro de un poco, quizás."

-Leonello ~~gime~~ en actitud de batirse: -"¡En guardia!" A Toribio se le ponen de punta los pocos pelos que conserva en su desmadrado cráneo: -"En guardia? ¿qué es eso?" Leonello, otra vez, amenazando con atacar: -"¡En guardia! ¡Así!"

-Terriblo: -"¡Ah! ¿Así? ¡Haberlo dicho antes!" Imita cómicamente a Leonello.
Sus piernas tiemblan. Sus brazos, también.

-Desde que Leonello se ha puesto en guardia, Rosina ha echado a correr hacia el lugar del duelo, seguida por Casilda y algunas otras personas.

-Leonello, atacando ya: -"¡Defendedos! ¡Sus! ¡Atrás!" Toribio ~~se~~ se defiende como si su espada fuera un palo. Pero de nada le vale, y empieza a dar voces de socorro, hasta que emprende una franca huida en el momento en que Rosina

-Rosina, riendo: -"Pero, capitán, ¿qué vais a hacer? ¿Vais a matarlo? Leonello detiénese confundido y avergonzado: -"No comprendo por qué os reís. Este hombre es mi desgracia. ¡Nuestra desgracia! Dejadme marchar para siempre ¡o dejadme que le quite la vida! ¡No puedo más!"

-Rosina: -"Tenéis razón, capitán. Para qué mantener esta situación? Vos me jurásteis apasionado amor..." El resuelto: -"¡Y os lo demuestro!" -"Yo os juré corresponder...en su momento." -"Pero..." Leonello mira a Toribio.

-Rosina completa la frase: -"Pero...las circunstancias nos han favorecido." Le mira apasionadamente. Leonello, comprendiendo un poco: -"¿Será posible?" Ella, tomándole las manos: -"¡Mi Leonello!"

-Casilda, Toribio y los demás testigos de la escena, - entre ellos, Pietro, - aplauden y avanzan hacia la pareja: -"¡Bien! ¡Muy bien!"

... haciendo una reverencia: -"¡Ehhorabuena, capitán!"

-Leonello, sin dársele todavía crédito a lo que ve: -"El príncipe... ¡ridículo!"

-Toribio, con toda la franqueza de que es capaz: -"¡Hijo! Por tres mil florines no se podía hacer más."

Rosina, jubilosa: -"¡Bien Toribio!" Leonello: -"¿Qué?" El músico, presentándose: -"Toribio Clarineti. En mí tenéis una amistad y un arpa." Rosina: -"Y, desde hoy, nuestro mayordomo."

-Leonello se vuelve a Rosina, loco de alegría: -"Pero, ¿es todo una farsa?"

-Ella: -"Todo, menos mi cariño." El: -"¡Y el mío!"

-Rosina se prende del brazo del capitán e inicia la marcha hacia el embarcadero. Detrás de ellos, a manera de escolta, van Casilda y Toribio.

-Rosina y Leonello se miran enamorados: -"¡Para siempre!" -"¡Para siempre!" Entre Casilda y Toribio se cruza una mirada de incipiente simpatía.

-Han llegado al embarcadero. La música toca ahora, a manera de marcha nupcial, la "Canción del olvido".

-El mayordomo avanza y dice: -"Los invitados aguardan a Vuestras Altezas para presidir el reparto de premios."

-Atravesando el salón, entre los vítores de los concurrentes, ~~se dirigen~~ se dirigen los enamorados a un gran estrado que se eleva al fondo.

-En la orquesta, Toribio se apodera del arpa y acompaña, enfáticamente, con

sus arpeggios, a los demás instrumentos.

-Suenan gritos: -"¡Vivan los Príncipes!" -"¡Vivan!" Suena la Canción...

-Dentro y fuera del embarcadero flamean en los aires gallardetes de colores y pañuelos blancos.

=====